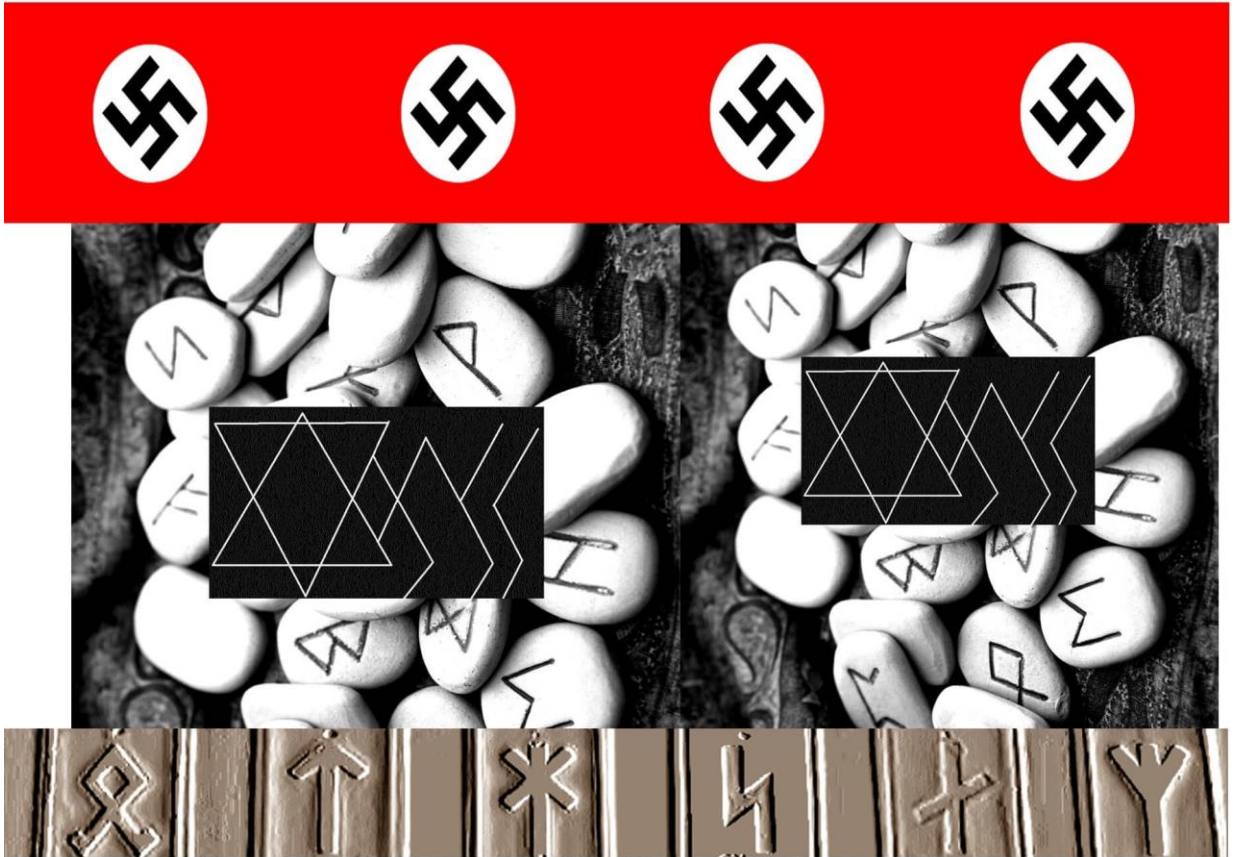


CAPITULO FINAL



Jorge Oscar Rossi

Liter Área Fantástica

CAPITULO FINAL

Jorge Oscar Rossi

(c) Jorge Oscar Rossi, 2000, © de esta edición, Jorge Oscar Rossi, Abril 2021
Ediciones Liter Área Fantástica

Sitio Web: www.literareafantastica.com.ar

E-mail: jorgeoscar.rossi@gmail.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso previo del editor.

PROLOGO

Leo Kovidoch me contó la mayor parte de esta historia. Actualmente abandonó el ejercicio de la medicina y se radicó en las sierras de Córdoba, en un lugar que prometí no revelar. El propio Kovidoch me mostró y permitió utilizar el que denominaba como "El Cuaderno de Gotán". Transcribí la mayoría de los fragmentos que me parecieron útiles para la comprensión de esta historia.

Si bien el texto del misterioso cuaderno está escrito con la misma dificultosa letra, parece indudable que el autor, quienquiera que sea, copió partes o párrafos de otras obras, además de las que allí se citan expresamente. Frases de René Guénon, por ejemplo, parecen encontrarse aquí y allá, al correr de las páginas. Algunos fragmentos del cuaderno tienen estilos literarios e "ideológicos" muy distintos entre sí.

El expediente "Wainstein y Goloniek s/ homicidio" se encuentra archivado. El caso se cerró, aceptándose la opinión del fiscal. Zamudio es un nombre ficticio para no comprometer al que en verdad intervino en el caso, quien en la actualidad ha sido ascendido a Fiscal de Cámara.

Respecto del llamado nazismo esotérico y su conexión con las Runas y con el mito de Agartha y Shamballa, el lector interesado puede consultar, entre otras, la obra "Las Ciencias Secretas de Hitler" de Nigel Pennick. Algunos fragmentos del "Cuaderno de Gotán" se corresponden casi textualmente con párrafos de ese libro.

Lo mismo puedo decir con respecto del extraño e interesante trabajo del investigador argentino Guillermo J. Dangel, titulado "La Ciudad Perdida de Erks".

Abel Posse y Juan Norberto Comte también trataron el tema. El primero lo hizo a través de dos magníficas novelas, "El Viajero de Agartha" y "Los Demonios Ocultos", publicados por Plaza & Janes y Emecé, respectivamente. Comte, por su parte, escribió "Entre el Horror y la Locura" y "El Principio del Fin", además de algunos cuentos. Sospecho que tanto Posse como Comte saben más de lo que volcaron en sus ficciones.

CAPITULO I

Jazmín sacó la lengüita en un gesto que pretendía parecer provocativo.

Permaneció un rato así, con la boca bien abierta, el ojo derecho casi cerrado y el izquierdo a punto de salirse de la órbita.

- ¿Hum...? - insistió, abriendo todavía más el hocico.

Achaval le embocó el caramelo al primer tiro, casi con displicencia.

Jazmín se atragantó un poco pero, cuando se le pasó, se limitó a escupir el regalito y se largó, meneando el culo en actitud pretendidamente ofendida.

Mientras la veía irse, Achaval pensó que Jazmín hablaba con el culo. Era algo natural en ella. Tendría que comprenderlo y dejar de intentar hablar con la boca. A Jazmín la boca no le servía para hablar. En realidad, no le servía para nada a esta altura de su vida.

La gente no comprende la importancia de los gestos, pensó Achaval. Guiñar un ojo, sonreír, saludar con una mano, asentir con la cabeza, son actos que tienen que medirse cuidadosamente antes de ser realizados. Uno podía meterse en problemas, o no ser comprendido o quedar en ridículo. Los gestos que hacía el culo de Jazmín, por ejemplo, eran mucho más significativos y comprensibles que las muecas que su dueña perpetraba con la cara. La expresiva y amplia gama de signos que producía ese culo, al fruncirse de diferentes formas, por ejemplo, explicaban con absoluta claridad que Jazmín era una puta vieja y en decadencia, que hace rato tendría que estar jubilada, en lugar de aterrar con su presencia a los desgraciados clientes de ese mugriento lugar.

El hombre estaba molesto esa noche, y eso que sólo hacía quince minutos que se aburría en una mesa de ese cabarute infame que le hacía recordar sus peores días.

De pronto, cayó en cuenta que no había ninguna razón para que recordara “sus peores días” porque, precisamente, ahora estaba transitando por ellos.

No era un buen pensamiento.

Ninguno lo era, últimamente. Su pasado era como una cosa espesa y pegajosa, que se le adhería a la espalda. Su presente tampoco andaba mejor. Necesitaba dinero. Estaba solo, como nunca lo había estado en toda su solitaria vida.

Necesitaba irse de Buenos Aires.

-Roberto Achaval. - le afirmó el tipo.

Achaval lo miró y dedujo que tendría unos cincuenta años, como él, pero en una versión más baja y delgada. También vio que se trataba de un fulano de piel cuidada, masajeadá, lijada y tostada a lámpara, con manos manicuradas a conciencia. Estaba envasado en un traje marrón oscuro de aquellos que usan los que pueden gastar dinero en esos menesteres. La corbata era un asco chillón muy a la moda, toda derramada sobre una camisa blanca llena de rayitas de color indefinido. Probablemente tenía zapatos, pero Achaval no los vio. Estaba ocupado, descubriendo que el Fulano no era un fulano, después de todo.

- ¿Así que andás de detective, Roberto?

Achaval no contestó. Sergio Fuentes había sido una rata de alcantarilla hasta la última vez que lo vio, hacía... ¿cuánto?... ¿dos, tres años?; y ahora estaba disfrazado de hombre importante.

- Bueno, supongo que me puedo sentar, ¿no? - insistió Fuentes.

- Si nadie te lo impide...

- ¿Y quién me lo va a impedir?

- No sé, en una de esas te echan porque no tenés plata para consumir.

Al ex fulano se le enrojecieron las orejas.

- ¿A vos te parece que tengo aspecto de no tener plata? - tartamudeó.

- ¿Qué hacés por acá?

- ¿Cómo que hago?, te llamé para...

- No, vos no me llamaste.

- Bueno... te hice llamar. No quise que me descubrieras por la voz...pero, cambié de aspecto, ¿eh?, te costó darte cuenta quién era, ¿no?

- No estás cambiado. Es sólo que nunca te había visto limpio.

Fuentes tenía una cara ratonil que no podía ponerse mucho peor de lo que era, por más que su dueño frunciera el ceño, la boca y la nariz, aparentando disgusto. Achaval hizo lo posible por ignorarlo. Nunca habían sido amigos, solamente compañeros de borracheras, un procedimiento y algún calabozo ocasional.

- En fin- le dijo- ¿Para qué me llamaste?

- Un trabajito fácil para vos y me tratás mal... - Fuentes aprovechó para sentarse mientras fracasaba en mostrarse como un hombre herido en su dignidad.

- Lo siento. - Mintió Achaval. - No querría que fueses a parar a un psicólogo por lo que te digo. A ver, decime, y no te me vayas a mortificar, ¡por favor!, ¿Cuál es el trabajo?, ¿eh?, nene de papito, ¿cuál es el trabajito?, ¿así `tá mejó el nene?

Fuentes adoptó la frialdad de un lord inglés de historieta barata. A manera de contestación le eructó un:

- No te lo puedo decir.

- Entonces...

- Me tenés que acompañar.

Achaval lo miró feo.

- Cerca, Roberto, cerca.

- ¿A quienes vamos a ver?

Fuentes se agrandó.

- A un pez gordo, papá. A uno que la tiene bien agarrada.

- Bien agarrada. - Achaval le hizo eco.

- Sí...y no la suelta.

- Problema de él.

- Entonces, ¿vamos?

Roberto Achaval inspiró profundamente, luchando por contenerse. Quería irse a la mierda, no sin antes pegarle una trompada a Fuentes y, de paso, incendiar el mugriento lugar donde se encontraba. Finalmente dijo, mientras se levantaba:

- Espero que haya buena plata, como decía el llamado...

Fuentes exhibió unos dientes sucios en un amago de sonrisa y se puso en pie.

- Seguro, Roberto...confía en mí.

Todo era tan absurdo.

En realidad, desde que tenía uso de razón todo era absurdo. La vida era una idiotez, una pérdida de tiempo que solo transitaba porque tampoco tenía apuro en morirse, porque sabía que eso no lo conduciría a algo mejor. No a él, por lo menos.

Todo el misterio, las medias palabras, toda la puesta en escena armada por Fuentes, con su llamado anónimo y su cita en el cabarute de mierda, todo eso solo para ser conducido ante un supuesto personaje enigmático y desconocido que, tanto Fuentes como él, conocían perfectamente bien.

Desde que se había metido a "detective", o sea, desde que cobraba para dar una que otra paliza a algún infeliz, o seguir un marido infiel, las cosas transitaban con paso uniforme y por el más corto camino hacia el abismo. Después de años tratando de apartarse de todo, ahora lo engañaban de la manera más infantil y lo llevaban a encontrarse con viejos conocidos.

Como siempre que lo veía, Achaval pensó que el Señor sabía hacerse respetar a pura presencia nomás. Era alto, como un metro noventa, y de hombros anchos. Tenía ojos claros, de un celeste casi transparente que combinaba en forma extraña con la mandíbula cuadrada y esa nariz pequeña, femenina, que era el único punto débil en una cara pétrea. Solo el pelo blanco concordaba con los ochenta y pico de años que tenía.

El Señor, Achaval y Fuentes se encontraban en el departamento de este último. El Señor estaba sentado en el único sillón más o menos respetable de ese inmundo monoambiente.

Miraba a Achaval con expresión neutra. Al saludarlo, no le dio palabras de bienvenida ni de reproche. Achaval quería sentir que eso no le importaba en lo más mínimo.

Horas más tarde, Roberto Achaval podía repetir la escena mil veces, sentado en la cocina de su casa. En la mesa había desparramado un sobre y un montoncito de billetes. Cinco mil dólares, para ser precisos.

El Señor le dijo que habría diez mil más si él seguía al pie de la letra y con el máximo cuidado las instrucciones que estaban en el sobre. No quiso adelantarle nada al respecto hasta que él no aceptó formalmente el trabajo y el dinero. Recién entonces le dijo que leyera el contenido del sobre en su casa.

Ahora Achaval había leído y simplemente no lo podía creer...

CAPITULO II

En la enorme cama era toda furia, todo sangre.

¡Aaagghhh!-

¡Putaaa...! -

¡Nooo...! -

Y se mordían y se abrazaban y se arañaban. Dos jovencitas muy rubias, muy fuertes y muy desnudas, se revolcaban hechas una palpitante maraña que se retorció con furor.

Wolfenson contemplaba la enorme pantalla del televisor cómodamente sentado y en completo silencio. Sus ojos claros y de mirada dura estaban fijos en la gran cama.

Un alarido sonó todavía más fuerte. Una de las luchadoras le estaba mordiendo un pecho a la otra y esta aullaba, mientras parecía querer arrancarle toda la cabellera a su oponente.

Las mujeres, Wolfenson estaba seguro de eso, llevaban en sí una agresividad primordial, pura y no contaminada, a diferencia de la mayoría de los hombres. Cuando su furia explotaba no tenía límites.

Luchaban sin reglas, sin convenciones, con la feroz sensualidad de un felino salvaje. Esa era la palabra: Salvaje. La Hembra Humana se conservaba en un estado más salvaje que su compañero. El Racionalismo Materialista, que tanto atacó y socavó al Espíritu, no había afectado tanto la mente femenina.

Costaba encontrar este material. Había que buscar y buscar. En gimnasios, colegios, clubes, en todos lados. Llevaba meses. Después tenían que seguirlas, investigarlas, convencerlas, reclutarlas, entrenarlas y prepararlas para el momento de su prueba máxima.

Se agarraron de los pelos, debatiéndose con fiereza. Dos cuerpos hermosos, casi perfectos, que se lastimaban sin piedad. A trompadas, patadas, tetazos, tirones, pellizcos, cabezazos. Entrelazadas, rodaban violentamente por el lecho.

Los dos cuerpos, exquisitamente torneados, se arqueaban y retorcían. La batalla parecía no tener fin y las luchadoras estaban bañadas en sudor y sangre y saliva y aun así no se daban tregua, hechas un amasijo inverosímil de carne joven.

Wolfenson sentía la erección. Estaba duro a reventar. La mandíbula cuadrada le temblaba ligeramente. Ciertamente, en sus casi noventa años, no era la primera vez que presenciaba este espectáculo, pero nunca dejaba de sentirse en la más gloriosa cumbre de la excitación cuando se acercaba el momento del desenlace.

La Vida, pensaba, no es más que una Eterna lucha entre aquello que merece vivir, y por tanto es Superior, y aquello que inexorablemente debe perecer, pues ese es su destino; para que la Evolución prosiga. Era el perpetuo drama de la Evolución. Oponerse a eso era necio. Peor que necio, era destructivo. En esas dos hembras luchando por ver quién era mejor, estaba representado el Eterno Drama Cósmico.

Ahora estaban arrodilladas sobre la cama, cruzándose la cara a cachetazos en un crescendo formidable. Por fin, una de las mujeres se derrumbó. La otra, echada encima, le mordió las tetas y la castigó hasta la completa rendición. Luego se le sentó en la cara y le restregó su húmeda vagina con violencia, cabalgándola sin piedad. El Fuerte imponía su dominio y sus límites al Débil, como debe ser, como siempre debía haber sido.

Después, lentamente, la ganadora salió de la cama y se paró mirando a la cámara. Estaba bañada en sudor, llena de moretones, le sangraba un labio y el pelo enmarañado casi le tapaba los ojos; pero resplandecía de orgullo. Ya en posición de firme, alzo un brazo y dijo:

¡Heil! -

¡Heil!- murmuró Wolfenson al televisor.

Y eyaculó.

CAPITULO III

23.00 horas.

Achaval se sentía muy estúpido.

Tenía que olvidar lo que era, sacarse de su miseria y llenarse de Gloria...y estaba fuera de forma.

Pensó que no iba a conseguirlo.

Mientras se desnudaba, veía llenarse la bañera. El correr del agua lo ayudó a salir...se metió en el agua sintiendo, como antes, que entraba a algo distinto y puro.

Luego de hundirse hasta casi quedar sin aliento, emergió, inhaló profundamente, salió del agua, desagotó la bañera y la volvió a llenar.

Todavía mojado, se arrodilló frente a la bañera y recitó la oración de purificación:

Padre Todopoderoso,
Sabio Wotan
Que colgaste nueve días
Y nueve noches,
Sin comer ni beber
Sacrificado
A Ti mismo
En el Sagrado Yggdrasil
Límpiame por fuera
Y por dentro
Hazme puro
En mis palabras
Y en mis deseos
Humildemente
Te lo ruego.

Mientras rezaba iba echando puñados de sal consagrada al agua. Al terminar se volvió a bañar. Ahora todo tenía sentido.

Tras secarse cuidadosamente con una toalla de lino, se puso la ropa ceremonial: pantalones rojo brillante, túnica blanca de lino y capa negra con capucha.

Descalzo, Achaval se dirigió al pequeño jardín, situado en el fondo de su casa. Allí había colocado una mesa cuadrada de un metro de alto cubierta con un mantel de lino blanco. Encima de ese altar se veía un plato hondo de barro y una antigua pluma de ave, de las que se usaban para escribir.

También había un pequeño cáliz, una rama de fresno, un pañuelo blanco, un brasero, la carta, un sobre y el cuchillo.

Achaval se acercó al Altar por el norte y se arrodilló frente a él con los ojos cerrados.

Rezando mientras respiraba rítmicamente, se levantó y abrió los ojos. Luego se persignó, tocándose con el índice de la mano derecha la frente, la ingle, el brazo izquierdo, el hombro derecho y, por último, el corazón.

Ahora sentía una oleada de energía que lo invadía desde la planta de los pies hasta la cabeza. Sus manos temblaban cuando tomaron la rama y el cuchillo.

Respiró profundo para calmarse y comenzó a dejar que las runas lo inundaran, una a una.

Cinco de ellas se le impusieron como las más apropiadas: Gifu, la runa de la unión; Beorc, aquella que hacía pensar en los pechos plenos de una mujer; Ing, que esconde el secreto de la virilidad; Man, que habla del Hombre; y Lagu, Runa del Agua, que encierra terribles poderes.

Miró el cuchillo que tenía en su mano derecha y esta se cerró aún más sobre la gruesa empuñadura de madera, hasta que pudo sentir que las runas que tenía allí grabadas se fundían con su palma. La hoja ancha y afilada brillaba con fiereza.

Apoyó la rama de fresno en el Altar y con el cuchillo comenzó a tallarle las runas elegidas. Trabajó con mano segura, pese al tiempo que llevaba sin practicar, hasta que el Símbolo del Enlace formado por las Cinco Runas quedó terminado.

Luego empezó a leer las Runas en el mismo orden en que las había tallado. Lo hacía en voz baja, aunque en su interior los galdr sagrados vibraban como truenos. Entonaba los conjuros a la vieja usanza:

LUG LAG LIG LEG LOG GAAAAFFFFFF BEEEEERRRRRR
MMMMMMMAAAAAANNNNNN INGWAZ INGWAZ INGWAZ...-

Y así, ocho veces más.

Era el turno de teñir las Runas y, para eso, Achaval cortó la palma de su mano izquierda. Trató de ignorar el dolor y buscó derramar su sangre sobre las Runas. Le costó hacerlo. Incluso tuvo que aumentar su herida. Recién cuando las Runas grabadas en la rama y la rama misma quedaron de un opaco color rojizo pudo dar por terminada esa parte y se vendó con el pañuelo. Mientras se cortaba había ofrecido ese sacrificio a los Benévolos Wotan y Thor.

Después empezó a masturbarse.

Siguió y siguió hasta que, al sentir que llegaba el momento, tomó el plato de barro y eyaculó en su interior. Hecho esto, bañó el cuchillo en su semen y lo pasó por las Runas, untándolo sobre la sangre ya seca.

A continuación, dejó la rama en el Altar y empezó a bailar a su alrededor mientras volvía a cantar los galdr.

Nueve vueltas dio y nueve veces cantó los mismos conjuros y finalmente se detuvo, tomó la rama, la partió en nueve pedazos y los puso en el brasero. Mientras las Runas se convertían en cenizas retomó su canto y no paró hasta que solo quedó un polvo humeante. Entonces pasó la carta por el humo y la introdujo en el sobre, junto a una porción de cenizas. Se persignó, al revés que antes, se arrodilló y dio por finalizado el Ritual. Solo quedaba enviar la carta.

Cuando se alejó de la Gloria, Achaval volvió a sentirse muy estúpido.

CAPITULO IV

(FRAGMENTOS DEL "CUADERNO DE GOTAN": TRADUCCION DE "AGARTHI & SHAMBALLAT (THE UNKNOWN NATIONALSOCIALISM", PAG. 11)

“...Todo el que no está absolutamente decidido a terminar con este sistema de cosas es un cómplice del mismo.

Todos son cómplices.

Todo el rebaño de buenos padres y madres e hijos de familia que, mañana a mañana, se levantan para trabajar y engordar al sistema al que sirven como buenos esclavos.

Se echan la culpa unos a otros por sus desgracias, como el rebaño de corderos cobardes que son, pero todos son cómplices.

Porque la complicidad está dada tanto por el hacer como por el omitir.

Cuando consumen la comida y la ropa de moda son cómplices del genocidio de los millones de hombres, mujeres, ancianos y niños que no tienen comida y ropa para consumir.

Y los que solo se limitan a protestar contra eso también son cómplices.

Y los hombres, mujeres, ancianos y niños que están absolutamente excluidos de los llamados “beneficios” del sistema y no hacen nada al respecto también son cómplices.

El que paga impuestos es cómplice del despilfarro y el robo del dinero que pagó; y el que se limita a evadir es un cómplice porque, aunque no paga impuestos, lo único que le interesa es alimentar su sucio pellejo y gastar lo no pagado en cualquier basura que el sistema imponga.

Compran o solo curiosean en los más lujosos negocios y afuera, en las mismas puertas de esos antros, se apelotonan los muertos de hambre, blandiendo sus harapos para dar lastima, bien resignados a su papel de mendigos.

Y todo el que tiene, no dos, sino tan solo un dedo de frente ve como la injusticia diaria le abofetea la cara y se le cuela por las narices con su olor podrido.

Los capitalistas explotan a los trabajadores. El Estado desampara a sus ciudadanos. Los países son desmantelados, entregados a las logias financieras internacionales y puestos en situación de indefensión, a merced de cualquier vecino aventurero.

No hay Salud, no hay Justicia, no hay Educación, más que para el que la pueda pagar.

Y el rebaño de buenos ciudadanos, de “gente común”, ¿qué hace?

Nada.

Agacha la cabeza y sigue.

Protesta un poco, patéticamente, y sigue.

Lloriquea y sigue.

Sueña con ganar a la lotería, y sigue.

Se regodea en los brazos de la prostituta de turno y sigue.

Le reza a algún dios o santo de moda y sigue.

Se esperanza con algún polícastro seductor y sigue.

Baila el último éxito musical y sigue.

Canta el último tema musical y sigue.

De tanto en tanto, se harta de comida y de bebida barata en algún miserable bodegón y, feliz por el inusual banquete, sigue.

Dice “Dios proveerá” y....sigue.

Y sigue siendo cómplice.

Mientras tanto, el Verdadero Hombre está prisionero, sepultado bajo toneladas de rebaño domesticado, de rebaño cómplice.

Nadie que este consagrado a la tarea del Renacimiento puede o debe sentir responsabilidad o culpa por la suerte de este rebaño cobarde.

Y hasta que ese rebaño no reciba lo que se merece por su complicidad, por su acción e inacción a favor del sistema; el Verdadero Hombre no podrá volver a Nacer...”

CAPITULO V

No olía muy bien, pero era simpático. Viejo, tuerto y grandote, igual caía simpático. O, tal vez, por eso caía simpático.

Cuando el café “Del Carmen”, en Paraguay y Montevideo, era un lugar mítico donde cada mesa, cada silla y cada pared respiraban historia, había siempre una surtida provisión de buenas almas, capaces de pagarle un café con leche a un ciruja.

Y si el ciruja se hace llamar Gotán, con más razón.

Sonaba Pugliese y Gotán, acomodado en un extremo del mostrador, sorbía ruidosamente el café con leche obsequiado por el gallego de la caja y parecía seguir los vigorosos compases de La Yumba. Afuera hacía mucho frío y al ciruja le esperaba una noche brava. El único ojo del croto bailaba inquieto de un lado a otro, cual una enorme bola blanca con un centro intensamente azul.

Achaval entró, pidió un vermouth y se quedó admirando el lugar. Ahí estaba el póster del Boca campeón del `76, el Racing del `88, el Barza `93-`94 y la bandera negra, blanca y roja. Hacía años que iba y siempre descubría una foto. Ahí estaban Troilo, los toreros, los escudos de Asturias y el cartel que proclamaba el “XLII Trofeo de Fútbol Teresa Herrera, La Coruña 7-8-9 Agosto 1987”. Más allá aparecía la cara de Alberto Marino y por ahí se veía a ...Fuentes, quien entraba, como para darle el toque desagradable que no necesitaba el lugar.

Achaval sintió remordimientos por haberlo citado ahí, como si Fuentes fuera un factor contaminante.

- ¿Qué tal...? ¿Qué tal?, acá tengo lo tuyo. - Susurraba el muy idiota mientras se sentaba.

- Dámelo y... - Achaval se cortó, atacado por una duda.

- ¿Qué pasa?

- ¿Cómo puede ser que me pagués así nomás?

- ¿Así nomás?

- Sí, así nomás.

-...

- ¿Cómo saben que yo hice lo que me mandaron?

Fuentes adoptó una teatral actitud de persona ofendida en sus más profundos sentimientos.

- ¿Cómo decís eso? Somos gente honrada...quiero decir que estamos haciendo un negocio entre gente honrada, ¿no?

- Ah, ¿sí?

- Sí.

- Y entonces...

- ¿Hiciste lo que decían las instrucciones?

- Sí, pero...

- Tu palabra nos basta.

Achaval hubiera replicado algo, pero ahí estaba la plata. La contó discretamente, por debajo de la mesa y bastó para convencerlo de que eran los diez mil dólares.

- No serán falsos.

- Viejo, dejate de joder, ¿cómo preguntás eso?

Achaval endureció la mirada.

- No pregunté...dije "no serán falsos".

Fuentes palideció.

- Tranquilo macho, no es fal...

- Chau.

El infeliz se quedó con la boca abierta.

- Chau. - repitió Achaval.

No había nada más que decir, y Fuentes no era tan original como para transgredir. Se limitó a irse como si no lo estuvieran echando.

Achaval casi deseaba que la plata fuera falsa porque, caso contrario, no había ninguna explicación. Se quedó unos minutos y, convencido que ese día no iba a poder disfrutar del lugar, pagó y se fue.

Gotán no pagó, no era propio de un linyera, pero también se fue.

CAPITULO VI

Esa noche, Jacobo entraba en su amante con una sensación distinta.

Habían tomado champagne y comido dátiles, no porque fuese una fecha especial, sino porque tenían ganas.

Katiana había traído esa carta y lo había abrazado, excitada y feliz. El no entendió nada, pero igual la abrazó y la besó y estuvieron a punto de hacer el amor en la alfombra del living, como otras veces, pero Katiana no quiso, porque antes deseaba hablar sobre la carta.

Así que leyeron el papel y luego se quedaron los dos perplejos, por lo que él le dijo a ella y lo que ella le afirmó a él. Y si ninguno de los dos había hecho una broma al otro, entonces, ¿qué hacía allí esa carta?

Discutieron un poco y fantasearon con distintas explicaciones y, finalmente, tan perplejos como antes, tomaron champagne y comieron dátiles y decidieron seguir amándose en la cama.

A los sesenta años, Jacobo Wainstein podía considerarse en muy buena forma para los avatares del sexo. No solía pasar papelones y de vez en cuando hasta parecía un pendejo.

Katiana, siete lustros menor, era un buen estímulo.

Jacobo la había tenido como alumna en la Facultad de Filosofía y después del curso, la chica siguió estudiando con él en la cama.

No estaba bien pensar eso de Katiana, ni de lo que hacía con Katiana. Ella era su Sofía, su hermana mística, con ese culito y esas tetas y esa carita de puta ingenua que daban ganas de partírsela con... ¡No!

- ¿Qué pasa? - preguntó Katiana.

- Nada, nada -.

Jacobo no sabía porque, pero esas ideas se le habían metido en la cabeza y lo distraían. Era un hombre con bastante experiencia en mujeres. No solía desconcentrarse cuando estaba cogiendo.

La primera vez de Jacobo había sido a los trece años, con una profesora suplente de Matemáticas, cuando él cursaba primer año del secundario, allá en Avellaneda. Ni en ese momento se había puesto nervioso.

Ahora estaba desparramado y flácido encima de su amante, con su pene insignificante y moribundo.

- Ibas muy bien, amorcito- siguió la chica.

Era una de las peores cosas que le podían decir en ese momento.

Jacobo se le despegó y rodó a un lado, con una incipiente furia que le apretaba el pecho.

- Vamos bichi...-

- No me digas bichi- Jacobo trató que sonara como un pedido pero le salió un murmullo estrangulado.

Katiana era hermosa, según el propio Jacobo pero, en esa ocasión, la expresión de su rostro le resultó el perfecto retrato de la cara de una vaca estúpida.

- ¿Qué, bichi...? - siguió la pendeja.

Wainstein intentó no estallar y fracasó estrepitosamente:

- ¡Té dije que te dejes de joder con decime bichi, carajo! -

Katiana lo miró con ojos como platos. No estaba acostumbrada a que la trataran así y era una mujercita muy consciente de su género, sus derechos, su independencia y todas esas cosas y no era cuestión que la viniera a gritonear nadie y mucho menos un boludo al que no se le para la pija y se quiere descargar con una bronca de puro impotente. Por eso y, porque no también, para sacarse ella la propia bronca de no haber acabado; la chica reaccionó como sabía hacerlo.

- ¡Andaté a la puta madre que te parió, forro de mierda!...- le dijo y le hubiera dicho otras cosas más, sino fuera porque Jacobo se le echó encima y empezó a estrangularla.

Katiana pateó y arañó y jadeó en forma cada vez más entrecortada, pero no consiguió que las manos de Jacobo abandonaran su cuello y dejaran de apretar cada vez más.

Jacobo Wainstein siguió apretando hasta mucho tiempo después que Katiana hubiera muerto.

Había algo de relajante en haberla matado. Como si se quitara un peso de encima.

Matarla, pensó Jacobo, había sido un acto de justicia compensatoria: ¿No se le paraba la pija?, entonces mataba una mina que, precisamente, por ser mina, no tenía pija...(¿Qué estupidez era eso?)

Jacobo vio que la carita de puta ingenua (¿quién había dicho eso?) de la chica tenía una desagradable tonalidad violácea que hacía juego con la espantosa expresión de los ojos y la boca. El pelo rubio necesitaba un peinado y él, Jacobo, la quería mucho a ella, Katiana y él, Jacobo, no sabía porque había hecho eso, ¿Por qué?, ¿Por qué?, ¿POR QUÉ?...y está muerta y...¿Por qué la maté?, ¿Por qué?, ¿Por qué?, ¿POR QUÉ?.

A Jacobo Wainstein le costó sacarle las manos del cuello, le costó salir de la cama, le costó ir a la mesita de luz y le costó sacar la pistola 9 milímetros.

Después fue todo más fácil.

Apoyar el caño del arma en el hueco de su garganta, justo arriba de la traquea, le produjo una sensación agradablemente fría, casi sensual.

Cuando gatilló no sintió nada, ni siquiera ruido.

La bala le había salido por la nuca, pero él nunca lo sabría.

Un segundo o doscientos años después, Jacobo notó que estaba tirado en el suelo, boca arriba viendo un techo blanco cada vez más confuso.

Vomitó sangre, sin darse cuenta, por unos quince minutos más.

“¿Por qué?, ¿Por qué?, ¿Por qué?, ¿Po...”.

CAPITULO VII

- Buenos días, doctor Kovidoch –

El médico, luego de la sorpresa, tuvo que esforzarse en recordar que Gotán era un bonito caso de parafrenia fantástica, un psicótico que se caracterizaba por tener gran capacidad fabuladora y, al mismo tiempo, una sorprendente adaptación a la realidad cotidiana.

A diferencia de los montones de esquizofrénicos que le tocaba atender todas las mañanas en su consultorio del Borda, los parafrénicos se destacan porque su psique no se va deteriorando con el paso del tiempo.

Hacía cinco años, más o menos, que atendía al linyera y este concurría al Servicio de Consultorios Externos todos los miércoles, puntualmente. No había mejorado en nada, pero tampoco estaba peor.

El delirio de Gotán iba, desde luego, por el lado del tango. Solía entrar al consultorio desentonando a grito pelado “Sur”, “Garúa” o “Cambalache” y después, se recitaba un poemita de Julián Centeya o de Gagliardi. Acto seguido, le contaba al tordo las cosas que había hecho en la semana. Generalmente el relato incluía una conversación con el Santo Troesma, algunos le dicen Gardel, y un dúo de bandoneón con el Gordo Troilo. Si a uno se le ocurría decirle que esas dos personas habían muerto hace años, el loco no se ofendía, lo cual era un alivio, teniendo en cuenta su corpachón; sino que se limitaba a guardar silencio hasta que el entrometido se callaba y entonces seguía con su historia.

Gotán tenía todo el aspecto de un Papá Noel berreta, al que le falta un ojo y le sobran pulgas. El pelo y la barba alguna vez habían sido rubios. El impermeable y el roto sombrero de ala ancha que nunca se quitaba, alguna vez habían sido rojos. Lo que tenía en los pies alguna vez habían sido botas. La única cosa que exhibía en perfecto estado era la suciedad. El ojo tuerto estaba tapado por un parche color rata de alcantarilla que se sujetaba vagamente a la cabeza por medio de un piolín.

Fuera de eso, era un tipo extremadamente simpático y querible, a quien daba gusto atender. Era una de esas almas inofensivas y tal vez atormentadas por sus fantasías, que hacía que gente como Kovidoch se compadeciera por ellas y se preguntara que razón tenía Dios, (si es que tenía alguna, si es que había un Dios), para crearlos y largarlos a la desventura, así, solos y desvalidos, en medio de tanta gente normal y peligrosa.

Gotán tenía muchas costumbres raras, pero entre ellas no figuraba saludar diciendo “Buenos días, doctor Kovidoch”. Lo usual era algo así como “¿Qué dice tordo? ¡Iisaaa!, ¡Dequerusa la merluzal, ¿Cómo le baila, Jefe?”; acompañado por una risotada alegre. Era un tipo que daba saltitos y bailoteaba de un lado a otro, cuando se sentía a gusto, y se sentía a gusto con el tordo Kovidoch.

Sea como fuere, a Kovidoch no le quedó otro remedio que contestar.

- ¿Qué tal?, ¿Cómo anda? - “¿Por qué lo estoy tratando de usted?”, pensó.

- En dos piernas, como todos, supongo -

Esa tampoco era una respuesta Gotaniana.

- ¿Eh? - el psiquiatra se maldijo por su torpeza- ...Perdón, ¿cómo dijo? -

- No tiene importancia, doctor. - Replicó el viejo. - Lo noto distraído y es una pena en las presentes circunstancias, porque necesito de toda su atención.

- Gotán, us...vos tenés toda mi atención, como siempre-

El otro sonrió débilmente.

- Gotán...- Repitió. - Gotán...si...está bien...dejemos eso por ahora... Dígame, doctor, ¿puedo confiar en usted? -. Mientras decía eso, el solitario ojo del vagabundo parecía querer taladrar el entrecejo del psiquiatra.

- ¿Qué te hace pensar lo contrario...? -

- No es el momento para jugar al discípulo de Freud. - La voz del hombretón se tornó peligrosamente imperativa. - Quiero una respuesta concreta...ya.

Gotán jamás había sido un paciente violento, pensaba el médico y, además, ¿desde cuando un vocabulario tan elaborado? Indudablemente, un nuevo delirio había sustituido al

anterior y no tardaría en desplegarse del todo si se le seguía la corriente. Lo mejor era adoptar su mismo tono.

- Usted puede confiar en mí. - le respondió, tratando de sonar firme y solemne. - No tenga la menor duda.

El ciruja sonrió, condescendiente.

- Yo sé que puedo confiar en usted. Sé todo sobre usted. Mi pregunta fue mera fórmula.

Kovidoch pensó que la megalomanía era un lindo condimento para una parafrenia.

- Y, ¿desde cuando sabe todo sobre mí?

- Desde que entregué mi ojo.

Kovidoch se quedó duro. No podía ser... Decidió confrontar al orate.

- Usted entregó su ojo para saber todo sobre mí, ¿es así?

El viejo sonrió divertido.

- ¡Doctor, no se tenga por cosa tan importante! Entregué mi ojo para saber.

- ¿Saber qué?

- Saber todo.

Kovidoch se la veía venir.

- Dígame, Gotán, ¿A quien le entregó el ojo?

El loco lo contempló por un momento con la expresión satisfecha de un padre que comprueba que su hijo de cinco años es lo bastante inteligente como para poderlo mandar al kiosco a comprar cigarrillos.

- Doctor, es una pena, pero no puedo permitirle que pierda mi tiempo. Usted tiene que leer una noticia que salió en los diarios, hace dos días. Anote...Clarín, página 23, Crónica, página 6, La Razón, página 7...anote, doctor...

Kovidoch anotó sintiendo, primero, que no tendría que estar anotando y, segundo, que las cosas no iban por el mejor camino.

- Pero, antes de eso, - Siguió el linyera. - lea esto. Y le tendió un cuadernito, de esos que se usan en la escuela primaria.

- ¿Qué es?

- Es lo que usted necesita saber. - declaró Gotán y, dando por terminada la sesión, se levantó.

El médico no estaba de acuerdo.

- Gotán, me parece que...

-

El viejo lo interrumpió con gesto regio de su mano derecha, como quien hace callar a un lacayo. Después, se molestó en dedicarle al pobre siervo algunas palabras.

- Lo que a usted le parezca me tiene sin cuidado. Se acerca una guerra y usted debe ocupar su lugar. Debe prepararse y estar listo para cuando se lo necesite. Le otorgo un buen día.

El insigne roto se marchó sin esperar contestación.

Leo Kovidoch se quedó un rato pensando hasta que la visión del cuadernito que le habían ordenado leer lo sacó de su meditación. Al hojearlo, comprobó que estaba escrito de la primera a la última página con letra similar a un electrocardiograma.

Decidió llevárselo a su casa.

CAPITULO VIII

(FRAGMENTOS DEL "CUADERNO DE GOTAN": TRADUCCION DE "AGARTHI & SHAMBALLAT (THE UNKNOWN NATIONALSOCIALISM", PAG. 13)

“...El Verdadero Hombre es un autentico Hijo de los Dioses. Un hijo Rebelde, Altivo, Arrogante, Orgullosa de su Fuerza y de sus Padres, a quienes pretende emular. El Verdadero Hombre es un Heroico Caballero que cruza el mundo de Norte a Sur y de Este a Oeste sin mirar hacia atrás, sin culpa, sin temor, sin dudas.

El Verdadero Hombre es el más maravilloso y feroz animal de la Creación y vive a pleno la pasión de sus instintos. No mutila sus emociones. No reprime sus deseos. Es un Amo, nacido para mandar en este Mundo del Medio que sus Padres le otorgaron.

No se arrastra por un mendrugo, por un trabajo, por un sueldo o por un dios.

Cree que todo es posible con pasión y con valor.

A nadie pide permiso y solo obedece sus propias reglas...

...La concepción semita es lineal, pasado, presente y futuro, inalterables e irrepetibles; regidos por un dios todopoderoso y tiránico ante el cual los hombres solo pueden postrarse y obedecer sin chistar. Esto ha engendrado la Barbarie Judeocristiana que, desde largo tiempo, somete al alma Indoeuropea mutilándola con su mezquina visión de la vida y convirtiendo a los hombres en un despreciable rebaño de esclavos, listos para ser explotados. En nombre de la “moral” Judeocristiana se obliga a los hombres a vivir en el peor materialismo, a rechazar los “irracionales” impulsos de su espíritu y a padecer una vida miserable y rutinaria, donde solo importa subsistir.

El Verdadero Hombre es parte de la Naturaleza, está en la Naturaleza y es Naturaleza. Está ceñido al ritmo del Cosmos y respira con Su respiración. Él sabe y siente que el Espíritu está en todas las cosas y conoce el Enigma de los Nueve Mundos, tal y como lo conocían nuestros antepasados.

El Verdadero Hombre participa en el eterno misterio del Yggdrasil, el Gran Árbol que conecta y sostiene al Multiverso.

Y, lo más importante, el Verdadero Hombre es aquel que sabe que no existe el Destino...”.

CAPITULO IX

Sentado en su estrecho y excesivamente austero despacho, el fiscal Carlos Zamudio se sentía disgustado con la vida, debido a los múltiples dilemas que esta se empeñaba en presentarle.

Por empezar, Zamudio quería llegar a Juez y los dioses no lo dejaban. Tenía que ser así, no había otra explicación.

Por ejemplo, el caso “Wainstein y Goloniek s/ homicidio” no iba a hacerlo feliz.

El fiscal, un siempre pulcramente vestido hombre de treinta y cinco años; miraba el expediente, tomaba notas y se angustiaba:

- 1) El día 14 de marzo se recibió en la Comisaria N° 31 un llamado de un vecino domiciliado en el departamento 2° “B” del edificio ubicado en la calle Concepción Arenal N° 2454. Este dijo que le pareció escuchar un disparo proveniente del departamento “C”, ubicado al lado del suyo.
- 2) Se envió una comisión policial y, luego de no recibir contestación alguna, se forzó la puerta, ingresándose en el departamento sospechoso. Allí encontraron a una chica muerta que presentaba aparentes signos de estrangulamiento. La chica estaba tendida sobre la cama del dormitorio. Al lado de la cama, sobre el suelo, estaba el cadáver de un hombre mayor, con el cuello, pecho y cabeza cubiertos de sangre. En su mano derecha, descansando en el pecho, hay una pistola Beretta nueve milímetros. Ambos cuerpos están desnudos.
- 3) De las averiguaciones posteriores surge que los muertos son Jacobo Wainstein, de sesenta y un años, viudo, propietario del inmueble donde fue encontrado muerto, de profesión Doctor en Filosofía, y Katiana Goloniek, de veinticinco años, soltera, con

domicilio en Soldado de la Independencia 1152, Capital Federal, de profesión Licenciada en Filosofía.

- 4) Se sabe, por dichos de los vecinos, que Goloniek era una visitante frecuente al departamento de Wainstein y que solía pasar varios días seguidos ahí.

- 5) Se sabe también que Goloniek vive sola en su departamento y que no tiene parientes cercanos vivos.

- 6) La autopsia confirmó que Goloniek murió por estrangulamiento. Las marcas de dedos en su cuello se corresponden con los dedos de Wainstein. En la vagina de la víctima hay rastros de flujo y vello púbico perteneciente a Wainstein. No hay indicios de semen. Por su parte, Wainstein presenta marcas como de arañazos en su espalda, hombros y brazos. El análisis de las uñas de las manos de Goloniek comprobó rastros de tejido epidérmico y sangre procedentes de Wainstein. El hombre presenta una lesión de bala con entrada en la garganta y salida por la nuca. El proyectil fue encontrado, incrustado en una de las paredes del dormitorio, en un ángulo que sugiere que el cadáver no fue movido. Balística informó que la bala fue disparada por la pistola que sostenía el occiso. Dicha arma está registrada a nombre del fallecido. La abundancia de sangre sugiere que Wainstein no murió inmediatamente.

- 7) Tanto los vecinos de Wainstein como los de Goloniek no recuerdan haber escuchado peleas entre la pareja fallecida.

- 8) En la casa de Wainstein, sobre la mesa del comedor, fue encontrado un sobre abierto conteniendo una carta. Por el sobre, sabemos que la carta fue dirigida al domicilio de Katiana Goloniek. El remitente es Jacobo Wainstein. La carta fue enviada desde una sucursal de correo ubicada en la galería subterránea que cruza la Avenida Nueve de Julio a la altura de Corrientes. Dentro del sobre se encontraron restos de polvo que, analizado, resulto ser ceniza proveniente, quizás, de la combustión de madera.

Zamudio hizo un alto en la escritura y volvió a leer la fotocopia de la carta que obraba en el expediente:

“Amor:

Te mando esta carta para lograr tu deseo y tu pasión hacia mí. Me excito de solo pensarte y quiero beber tu esencia hasta morir, hasta que muramos juntos y nos fundamos en un solo Ser.

Tuyo
Jacobó”

No tenía sentido. El fiscal volvió a escribir:

9) tanto el sobre como la carta están escritos a máquina. Wainstein tenía una computadora con impresora Epson y una vieja Remington. La pericia determinó que ni sobre ni carta fueron escritas con esas maquinas.

10) Conclusión provisoria: Wainstein y Goloniek estaban manteniendo una relación sexual pero, antes de acabar el hombre estranguló a su compañera (¿acceso de furia?, ¿practica sadomasoquista?). después, desesperado y arrepentido, se pegó un tiro con su propia arma. Tras unos minutos de agonía, murió.

11) Resultado: Homicidio seguido del suicidio del homicida. No se advierten cómplices del primero ni instigadores del segundo. Total: caso cerrado.

12) Pequeña objeción: ¿qué papel juega la carta? ¿Juega algún papel? ¿Por qué Wainstein escribe una carta de amor a máquina? Eso no es usual. Más aún: ¿Por qué le escribe con una maquina que no es suya? ¿Por qué ni siquiera pone su firma, o nombre o garabato amoroso en forma manuscrita? ¿Por qué le manda una carta con ese contenido a alguien que parece ser su amante desde hace bastante tiempo?

Observación: ¿se habían peleado y ese era el encuentro de reconciliación?

Observación II: Los vecinos de Wainstein vieron entrar a Goloniek en el departamento de este el día anterior al crimen y, prácticamente, todos los días antes de este. Incluso, Goloniek tenía la llave del departamento.

Observación III: El polvo de ceniza encontrado, ¿tiene alguna significación?

Observación IV: ¿Goloniek llevo la carta a casa de Wainstein para comentarle su extrañeza o qué?

A Zamudio empezó a dolerle la cabeza. Sabía que estaba escribiendo para hacer algo, porque estas notas no agregaban nada al asunto. Sabía que le quedaban dos caminos: Si ignoraba la bendita carta, era un caso cerrado. Entonces le recomendaba eso al Juez, este aceptaba y todos felices. Menos trabajo, menos problemas. Para ascender en la carrera judicial es vital no ser un tipo problemático. Por otra parte, si no ignoraba el tema de la carta, había que seguir investigando, con altísima probabilidad de no llegar a ningún lado y pasar por un tarado que le hace perder tiempo a todo el mundo.

La prudencia, el sentido de supervivencia y la ambición recomendaban cerrar el caso y dedicarse a cosas más interesantes.

Zamudio decidió ignorar las complicaciones que planteaba la carta y, para terminar de aliviarse, buscó un par de aspirinas.

CAPITULO X

Fuentes luchaba por respirar, hablar y escupir los pedazos de sus dientes.

Más que nada quería hablar, tal vez gritar y, seguramente, llorar. La nariz rota dolía y sangraba a chorros.

La boca reventada también dolía y sangraba y la sangre se le colaba por la garganta y arrastraba los pedazos de sus dientes; y él se atragantaba con tanta sangre y tanto diente y no podía respirar con tanta sangre y tanto dolor. Desde arriba, Achaval lo miraba con expresión divertida y preparaba el puño derecho, ese que tenía la manopla; para darle otro trompazo y arrancarle la cabeza.

- Chau, Fuentes. - le dijo.

Fuentes quiso pedir piedad y le salió una gárgara lastimosa. El mazazo le partió el hueso de la frente.

Achaval, medianamente satisfecho, se sacó la manopla y comenzó a masajearse la mano derecha, un poco dolorida. Jadeaba ligeramente y eso no lo sorprendió, porque se sabía bastante fuera de forma.

El hijo de puta no había durado mucho, de todas maneras, lo cual era bueno. Achaval no estaba para grandes rivales o, por lo menos, eso era lo que le parecía. Se sentía un perro viejo y estúpido al que cualquiera podía engañar o mandar o hacerle hacer lo que mierda quisiera.

Un perro muerto de hambre, además.

De esos que por un pedazo de carne hacen cualquier cosa.

Bueno, quince mil dólares no son comida de perro, precisamente, pero no era el caso. Necesitaba la guita. Tenía deudas, estaba lleno de deudas y por eso había aceptado hacer cualquier cosa. Había dejado que lo usarán y ahora había matado a dos personas a quienes no odiaba y a quienes no necesitaba matar.

Todo por quince mil putos dólares.

Los diarios no le dieron mucha relevancia al asunto. Es decir, no más que a otros crímenes.

Ciertamente, por esos días la gente tenía media docena de asesinatos más interesantes para entretenerse y las cagadas y negociados de los políticos eran mucho más espectaculares. Achaval casi se había enterado de casualidad. Una media columna en Clarín contaba que un viejo, de nombre Jacobo Wainstein, había estrangulado a su amante, una pendeja de veintipico llamada Katiana Goloniek y después se había pegado un tiro. El tipo de boludeces que pasa todos los días, realmente.

Solo que Achaval le había mandado una cartita a la pendeja, poniendo a ese viejo de mierda como remitente y lo que había pasado no era casualidad.

Achaval sentía que tenía que haberlo imaginado. Nadie y menos esa gente, se gasta quince lucas en una joda. En realidad, él nunca había pensado que se tratara de una broma. Supuso que era un aviso, una demostración de poder, como para que los otros se anduvieran con cuidado o se dejaran de joder.

Hay cosas que no se hacen, pensó Achaval, tal vez porque nunca se hicieron.

Pero no, no hubo sutilezas. Simplemente los reventaron. Todo gracias a sus buenos oficios.

No podían alcanzar a Wainstein en forma directa. Nunca pudieron, el judío se había sabido cuidar todos estos años. Todo el Grupo estaba permanentemente enfocado, por si Wainstein intentaba algo contra el Viejo.

Todo el Grupo...

Pero el bueno de Achaval ya no estaba más en el Grupo. Era un desertor. Los había abandonado. Los había mandado a la mierda. Había jurado no Practicar más.

Claro que por quince mil dólares y habiendo necesidad, una vez más, ¿que mal podía hacer?...

Era la guerra.

Y el había sido el peón ciego, sordo, boludo y descerebrado que la había iniciado.

Pronto ellos lo sabrían, si ya no lo sabían y él estaría acabado, frito, cagado y terminado.

Muy bonito.

Tal vez, hasta la policía atara cabos, aunque eso no era lo peor ni lo más probable. El hecho de que la gente de Wainstein pronto estaría tras su pista, y lo perseguiría y, probablemente, lo destrozaría sin piedad, tampoco era lo peor.

Lo peor de todo es que, una vez más, lo habían usado.

Una vez más, había terminado haciendo lo que otros querían.

Pese a toda su aparente astucia y desconfianza, pese a todas las frases cortantes que le había dedicado a Fuentes, otra vez se habían salido con la suya.

Otra vez, otra vez más, lo habían usado y ahora estarían riéndose de él.

Se reirían a carcajadas de su candidez, de lo fácil que había sido engañarlo, de lo poco que valía y, sobre todo, se matarían de la risa de la estúpida pretensión de él, el pobre infeliz de Roberto Achaval, cuando intentó y declaró solemne y amenazadoramente que se retiraba del Grupo, que no quería saber más nada de ellos, que no lo buscaran y que, si se volvían a meter en su vida, lo pagarían.

Finalmente, lo pagaron: Les salió quince mil dólares.

Apenas conocida la muerte de Wainstein y compañía, Achaval había salido a cazar a Fuentes. Sospechaba que ese infeliz no sabría mucho del asunto pero, de momento, no tenía a otro a quien agarrar.

Lo encontró justo cuando salía de su covacha con intenciones de ausentarse por un tiempito, a juzgar por el bolso que llevaba.

Al verlo, Fuentes palideció y su cara asquerosa se puso aún más enfermizamente asquerosa. Achaval, con una sonrisa amable, lo tomó de un hombro y lo hizo entrar al apestoso cuchitril.

Después, sin dejar de tenerlo por el hombro, cerró la puerta con llave y luego, a manera de saludo, le clavó esa misma llave en él estomago. Fuentes gimió ahogadamente, se dobló en dos y se cayó sentadito como un chico bueno.

Achaval le hizo unas preguntas, mientras se calzaba la manopla de acero en la mano derecha. Fuentes le juró por su madrecita que está en los cielos que no sabía nada.

Entonces Achaval lo levantó y le acarició el riñón derecho con la manopla y entonces Fuentes aulló un poquito y se acordó de algunas cosas. A continuación, Achaval lo dejó caer nuevamente al piso y prosiguió con el interrogatorio. A la segunda pregunta, Fuentes tuvo un fallo en la memoria y entonces, tal vez para que le entrara más aire fresco en el cerebro, Achaval le rompió la nariz de un manoplazo. Sea cual fuere la causa científica, lo cierto es que el paciente, luego de gritar tanto que hubo que calmarlo a patadas, recordó buena parte de lo solicitado.

Lamentablemente, después de decir todo lo poco que una miserable basura como él podía saber, Fuentes se puso a gritar hasta que un segundo manoplazo le clausuró el concierto y la boca.

Achaval había sacado poco en claro con la visita, pero era más o menos lo que esperaba. De pronto se le ocurrió que algún vecino de Fuentes, asustado por tanto grito, podría haber llamado a la policía.

Estaba hecho un viejo distraído o demasiado confiado o algo peor.

Tenía demasiadas ganas de morir y eso era bueno... pero no era bueno. Era bueno porque el deseo de muerte le quitaba de encima el peso del miedo y, un hombre sin miedo, es un hombre libre. Libre para actuar y vengarse.

Al mismo tiempo, no era bueno, porque no quería morir por falta de precaución, por mero descuido. Tenía una tarea que cumplir. Tenía gente a quien matar. Como sea, esto último lo decidió y entonces, sin mucho ruido, se fue.

CAPITULO XI

La casa de Leo Kovidoch era bastante bonita, por tratarse de la vivienda de un psiquiatra soltero.

Por lo menos, así lo pensaba el propio Kovidoch.

Según él, la mayoría de sus colegas se dividían en médicos pastilleros planchalocos, acostumbrados a tratar dementes al solo fin de calmarlos, dormirlos o hacerlos durar; y médicos hipersuperpsicoanalíticos, cuya única y real obsesión en la vida era intentar comprender el significado del último pedo que se había tirado Lacan.

Los primeros, si tuvieron alguna vez sentido estético, fue cuando probaron LSD.

Los segundos, igual.

Para Leo, eran pocos los psiquiatras que realmente se preocupaban por sus pacientes. Lo cual era mucho peor que carecer de elementales nociones de estética.

A Kovidoch, en cambio, le interesaban sus enfermos.

Le gustaban “sus” locos, sus viejos, agotadores y fascinantes rayados que lo venían a visitar regularmente al consultorio del Hospital Borda. La mayoría era gente pobre.

Casos perdidos, por culpa de su enfermedad y de la indiferencia, en partes iguales.

Indiferencia, a veces odio, de los propios parientes, que soñaban con internar al loco y sacárselo de encima. Indiferencia del Estado, que no invertía un puto mango en salud y desproveía a todo el mundo. Indiferencia de los médicos que, después de años de trabajar montones de horas semanales en condiciones infrahumanas y cobrar un sueldo de mierda; estaban hartos de todo, anestesiados ante cualquier sufrimiento que no fuera el propio.

Kovidoch también quería a los pacientes que trataba en su consultorio particular. Los quería un poco más y un poco menos que a los otros. Un poco más, porque pagaban, y ese dinero le permitía sobrevivir mucho más dignamente que si se tuviera que arreglar solo con el sueldo del Hospital. Un poco menos porque, en general, estaban mucho mejor, económica y afectivamente que los locos del Borda y a él, definitivamente le gustaban los casos perdidos, los pobres parias. Tal vez era porque él, en sus días negros, también se sentía un pobre paria.

Tal vez le hiciera falta una mujer. Mejor dicho, seguramente le hacía falta una mujer. Lo notaba en su diaria soledad. Pero no había una mujer y Leo no sabía si alguna vez podría llegar a haberla. No era algo sencillo para un hombre como él. No se decidía a exponerse a un placer y a un sufrimiento como el que le había tocado atravesar. "¿Solo se cruza una vez por la pared de llamas o, a pesar de todo, hay que volver a intentarlo? ¿Y que se hace con las cicatrices, apenas curadas o malcuradas?".

Lanzarse alegremente a una nueva desgracia lo atemorizaba lo suficiente como para poder predecir que en su futuro estaba el convertirse en un solterón, si ya no lo era.

Lo cierto es que la suya era una casa bonita. Un departamento, dos ambientes, para ser preciso. Siempre que volvía, después de haber estado muchas horas fuera, y abría la puerta y veía los cuadros, la mesa de roble, las sillas y la lámpara de pie haciendo juego; y toda la cálida madera de la que se había rodeado, lo invadía una sensación de paz y tranquilidad.

Paz y tranquilidad, justamente, era lo que ahora necesitaba.

Hablando de pobres parias, Gotán siempre había sido uno de los más destacados.

Bueno, ¿en qué había cambiado su condición? Era un pobre linyera muerto de hambre, solo que todavía más loco. No... eso no era correcto. ¿Qué es eso de hablar de "más o menos"? ¿Con qué criterio se podía decir algo así? Gotán, tal vez, solo tal vez, había entrado en una nueva etapa de su enfermedad y, por ahora, no se podía agregar otra cosa.

Eso sí, saliendo de lo estrictamente científico, algo le olía raro a Kovidoch. La forma de comportarse de Gotán en esta última visita tenía un aire de “autenticidad” difícil de encontrar en otros casos.

La forma de hablar y de moverse carecía de la afectación típica en otros muchos psicóticos. Lo suyo parecía desconcertantemente “natural”. Y el cuaderno que le había entregado era bien tangible, lo haya sacado de donde lo haya sacado. ¿Y si lo escribió él? El médico no tenía ninguna muestra de letra del ciruja para comparar. Sin embargo, no era imposible, sobre todo en un parafrénico, aunque a primera vista lo pareciera.

Kovidoch no sabía nada de la historia de Gotán, previa a la primera vez que lo atendiera. El croto había ido sólo al Servicio de Consultorios Externos del Hospital pidiendo, muy alegre y a los gritos, “un tordo para poder hablar”. Cuando estaban dudando entre echarlo, principalmente por el olor, o atenderlo; pasó Kovidoch, lo escuchó y pensó “este es un loco de los míos”, y ahí nomás lo tomó de paciente para escándalo de todos. De manera que no era descabellado pensar que en su juventud haya sido una persona instruida. Por otra parte, la psique de un parafrénico no sufre el mismo deterioro que la de otros psicóticos.

Era tarde y la letra del cuaderno, apretada y nerviosa, no resultaba particularmente incitadora pero, una vez hubo desentrañado los primeros párrafos, Kovidoch no pudo parar de leer.

CAPITULO XII

Miércoles 14 de enero de 1942.

“LA ALEGRÍA DE VIVIR Y LA DIGESTION.

Si Ud. Tiene agruras y pesadez después de cada comida, en una palabra, si Ud. Tiene una mala digestión, ¿cómo puede usted tener el carácter alegre, el espíritu jovial? Para aliviar esos malestares tome después de haber comido, una dosis de polvo o comprimidos de MAGNESIA BISURADA, la Magnesia Bisurada neutraliza el exceso de acidez que es tan a menudo la causa misma de las quemazones, los eructos y de esa sensación de pesadez. Para digestión pesada, Magnesia Bisurada. \$ 2 m/n el frasco. En venta en todas las farmacias”

El alemán levantó la vista del diario y pensó que el castellano era un idioma desagradable, que en Buenos Aires hacía un calor pegajoso y que le importaba una mierda la magnesia bisurada y toda la otra basura que traía ese diario, La Prensa, tan aliadófilo que se regodeaba en la grave situación que las tropas del Reich estaban atravesando en Rusia. Con cierto desanimo, volvió a la lectura. Los avisos seguían una pauta de optimista vulgaridad. Por fin, cuando terminaba de desesperarse, lo encontró:

“HOTELITO en Belgrano, 7 habit., Hall, 2 baños, garaje, grandes comodidades,
\$ 270, 3 de febrero 981.”

Por un momento, había temido una traición, un error o una contraorden. Había partido de Alemania a fines de diciembre y en ese momento recibió sus últimas instrucciones. Ahora, la publicación del aviso le confirmaba que todo seguía según el plan y que sería contactado.

Miró su reloj. Eran casi las diez y media de la mañana. Terminó el ya frío café, pagó y dejó el bar.

El calor de la calle lo golpeó como una húmeda barrera y luego lo rodeó y por fin se le metió por el cuello de la camisa y lo empapó en cuestión de segundos. Sus ojos claros parpadearon disgustados ante el solazo. Se acomodó el ala del sombrero y con la mirada buscó un taxi a uno y otro lado de la calle.

El taxi dejó al alemán en la puerta principal del Jardín Botánico. El alemán, alto y de robusta contextura, maldijo al demasiado abrigado traje que llevaba puesto. Estaba bañado en sudor y se sentía sucio. En su opinión, Buenos Aires era una ciudad sucia. Sucia y patética, con su pueril pretensión de copiar la arquitectura francesa. Una ciudad provinciana, en un lugar imposible, que se entregaba, como una hembra sumisa y obediente, a las influencias y caprichos del arte francés y del dinero inglés. Una ciudad dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de agradar a sus amos de ultramar, desesperada por seguir todas las ordenes, con tal de ganarse el status de "capital de tipo europea".

Entró al Jardín Botánico, auténtico orgullo porteño, y no se preocupó por otra especie vegetal y animal que cierto conjunto de robles bajo los cuales debía encontrarse el contacto.

Aquí estaba: Un morocho retacón y rechoncho, dotado de una crin renegrida domesticada a pura gomina y peinada con raya al medio. El tipo tenía unos desagradablemente pequeños ojitos de cobarde que miraban en su dirección con ansiedad.

Al verlo llegar, el contacto esbozó una sonrisita nerviosa de bienvenida. El alemán se detuvo frente a él y lo miró directamente a los ojos. Trató que su expresión denotara frialdad. Al contacto, que había nacido en Avellaneda, esa actitud, junto con la apreciable mandíbula cuadrada del recién llegado, le parecieron una inequívoca señal de auténtica germanidad y, por eso, suspiró aliviado.

El alemán pensó que la Embajada se servía del peor material nativo para conseguir colaboradores.

- ¿Herr Luther? - le preguntó el morocho, con horrible acento.

Luther se limitó a asentir con la cabeza.

- ¿Cómo le va? - siguió el otro, nervioso- Yo soy Ramírez, para servirle.

- Das Dokument. - ordenó Luther.

- ¿Eh...? ah, sí! Acá tiene- Ramírez le tendió un sobre de papel madera.

- Danke- murmuró Luther, tan solo un segundo antes de dar media vuelta e irse.

Ramírez lo vio alejarse mientras pensaba que todos estos nazis de mierda eran unos hijos de puta y que los rusos estaban haciendo muy bien en cagarlos a tiros. Siempre presuntuosos, siempre arrogantes, como si fueran los dueños del mundo. Soberbios como si ellos fueran la mejor cosa del planeta. Pero la cuestión era que en Rusia se les había dado vuelta la tortilla.

Hacía tiempo que las ideas nacionalistas de Ramírez se habían ido al carajo. Después se acordó de los pesos que le pagaba la Embajada por trabajitos como este y decidió que lo mejor era que esos guachos duraran unos años más.

Ramírez no tenía más nada que hacer en ese sitio y, a mediodía, había quedado en almorzar con una negrita que lo traía a maltraer. Era una hembra muy vueltera para ser una simple media oficial, de las muchas que trabajaban en cualquier casa de alta costura. Hoy tenía que caer, o era la última vez que gastaba plata en ella. Total, de esas hay a montones.

Ramírez seguía haciendo sus planes, mientras caminaba hacía la salida del Botánico, cuando, desde atrás, un brazo lo aferró del hombro izquierdo y, antes que pudiera pensar en otra cosa, otro brazo le rodeó el cuello y con un seco movimiento, le partió la cervical y la tráquea y lo alivió de sus dudas para siempre.

No había nadie en el lugar, salvo el llamado Luther, quien se quitó los guantes y los guardó en el bolsillo derecho de su saco, mientras se alejaba a paso tranquilo, más preocupado por huir del calor que por otra cosa.

CAPITULO XIII

Achaval estaba muy borracho y le daba por recordar. Lo peor que podía pasarle era recordar. Se acordaba del Grupo. Los veía a todos, a Tulipa, a Javier, al Tigre, al Buzón...a Fuentes, que en esa época era conocido como Metralla; al Ñato, al Jirafa.

Pero, en una parte sobria de su ser, alguien le decía que no era exactamente así. Que el Tigre, por ejemplo, apenas había estado en el Grupo. Que a Javier lo bajaron los troskos un poco antes de que se formara el Grupo y, que el Grupo, en fin, había sido una basura.

Pero no le había parecido así en ese momento.

El mundo, la Argentina, era lo que parecía una mierda en ese entonces.

Achaval era un hombre de Perón desde que tenía memoria, pero las razones de su adhesión al General habían variado mucho a lo largo de su vida.

Cuando pibe, era peronista porque su viejo, un laburante metalúrgico, lo hizo peronista.

Su viejo no entendía mucho de ideologías, pero no había estado nunca tan bien como con Perón. Nunca había comido tan bien, nunca se había vestido tan bien y nunca los patrones lo habían tratado tan bien. Eso era suficiente para convertirlo de por vida en peronista. Y su viejo fue peronista hasta que se murió, de cáncer, una fría mañana de julio hacía ya muchos años.

Achaval hijo, en cambio, había seguido un derrotero más complicado. Empezó la primaria en plena Revolución Libertadora, con el General convertido en tirano prófugo, el Justicialismo proscrito y la existencia misma del peronismo condenada al olvido obligatorio por decreto. Así que él era un chico peronista de la casa para adentro y un perfecto apolítico, sin siquiera imaginar que existía ese término, para los demás.

La secundaria la hizo con los gobiernos de Frondizi, Guido e Illia y su peronismo continuó semianestesiado pero, al mismo tiempo, comenzó a vincularse en la escuela con un grupito de alumnos nacionalistas orientado por un profesor de nombre Gutiérrez Zaldívar. El tipo daba clases de historia y geografía y tenía la rara cualidad de deslumbrar a sus alumnos con su conocimiento. Lo que este profesor decía a favor de Juan Manuel de Rosas y en contra de Inglaterra, los yanquis, los brasileños y los chilenos no solía encontrarse en los libros de texto. Gutiérrez Zaldívar les hacía leer obras de escritores como Arturo Jauretche o Scalabrini Ortiz. Después vino el turno de las reuniones, que se hacían en el pequeño departamento del profesor. Allí iban solo aquellos que, como Achaval, habían demostrado interés. Esas reuniones, poco a poco, fueron tomando un tono más extremo.

Fueron años de adoctrinamiento incesante, de anticomunismo y antiliberalismo furioso.

Años en los que la mente de Achaval se llenó de frases grandilocuentes y de conceptos absolutos: “Patria o Muerte”, “Sinarquía Internacional”, “Conspiración sionista”, “Conjura marxista”, “Renacimiento del Verdadero Hombre”, “Democracia de Masones y Judíos” y muchos etcéteras. Allí también se conectó por primera vez con el esoterismo. Libros sobre el Saber de los Antiguos, sobre logias y sociedades secretas, en fin, sobre la parte oculta de la Mitología y la Religión pasaron por sus manos y fueron devorados por su intelecto con una avidez que, al principio, lo sorprendió.

Gutiérrez Zaldívar y su grupo, y Achaval con ellos, pasaron a integrarse al Movimiento Justicialista allá por 1966. El Partido todavía estaba proscrito y era una bolsa de gatos donde convergía gente de todas las ideologías, desde la extrema izquierda hasta la más radicalizada de las derechas. Obviamente, en este último lado se ubicaba la agrupación de Gutiérrez Zaldívar, ahora bautizada como Guardia Peronista Nacional. Por supuesto que, para los nacionalistas, el peronismo se estaba llenando de zurdos hijos de puta y para los socialistas, el partido se estaba llenando de fachos, también, casualmente, muy mal nacidos. Pero, como de momento todos los bandos internos tenían como enemigo común al Régimen gobernante, reinaba una suerte de tensa paz armada que esporádicamente se rompía con algún que otro muerto o herido. Una pendejada en comparación con lo que vendría más adelante. Justamente, en esa época, la mayoría de los grupos que gravitaban en torno a esa difusa ideología llamada Justicialismo habían decidido, más o menos implícitamente, dejar para “más adelante” la resolución de las diferencias internas. Mientras

tanto, cada grupo, grupito o grupete se restregaba las manos soñando con el momento de copar el Movimiento, echar y/o escarmentar a los “infiltrados”, (o sea, todos los que no pensaban como ellos); y hacer la Revolución con el General a la cabeza, a quien ellos, solo ellos, sabían interpretar.

Perón, por ese entonces, estaba bastante satisfecho con ese estado de cosas y no cesaba de estimularlo desde su exilio en Madrid. El General sabía decirle a cada bando lo que este quería oír.

Achaval, a todo esto, seguía en la Guardia, adoctrinándose y adoctrinándose. No tenía amigos, pero por lo menos estaba acompañado. Siempre le había costado relacionarse con la gente. Era un tipo introvertido y cuanto más pasaba el tiempo más se iba encerrando en sí mismo, en sus lecturas y en su mundo. Empezó a hacer deportes cuando Gutiérrez Zaldívar lo ordenó. Había que ejercitarse, decía, para “estar preparado para el momento de la verdad”. Por la misma razón comenzó, con todos los compañeros de la Guardia, a entrenarse en defensa personal y tiro con pistola y rifle. Al principio lo hacían en gimnasios y en el Tiro Federal y después se organizaron campamentos, primero un fin de semana al mes y luego uno cada quince días. Allí las practicas tenían el carácter de un autentico adiestramiento militar.

La relación de Achaval con Gutiérrez Zaldívar y su grupo continuó durante toda la secundaria y siguió en la Universidad, durante los tres años que perdió cursando Derecho.

Al final de esa época, durante el gobierno de Onganía, Roberto Achaval era un joven desesperado. Estaba solo, con sus padres muertos y sin amigos. El trabajo de administrativo en Obras Sanitarias de la Nación le daba tanto asco como la sola idea de convertirse en abogado algún día. Se había salvado de la colimba y, francamente, lo lamentaba. Por lo menos ahí otros pensarían por él. A los veintiún años, la vida le parecía vacía e insoportable. La rutina lo abrumaba. La chata existencia de la mayoría de la gente le resultaba aborrecible. Quería un cambio. Un cambio drástico. Un cambio de todo. Solo la lectura lo calmaba un poco. Era un lector voraz de casi cualquier cosa.

Cuando leía, viajaba. Cuando leía literatura nacionalista se comunicaba con otros que pensaban lo mismo que él, acerca de un país, un mundo y una sociedad podridos que había

que cambiar de raíz para volver a la Tradición, al Honor y al Espíritu. Y cuando leía sobre magia, ocultismo y sociedades secretas sentía estar rozando la Verdad Última.

Había mucha gente interesada en lo esotérico y demasiados chantas que afirmaban dominar el tema. En los círculos nacionalistas era algo muy común.

Por ese entonces se vinculó a la Sociedad Armanen.

Fue el principio de la Caída.

CAPITULO XIV

Octubre de 1947, Sauce Viejo, Provincia de Córdoba.

El Hotel Splendid, inaugurado hacía tan solo un año y medio, todavía olía a nuevo. Se trataba de una hermosa y sólida construcción de tres plantas, que aún causaba asombro a los generalmente apáticos habitantes de Sauce Viejo. Había sido construido a toda velocidad, con detalles de lujo importados de la devastada Europa de postguerra.

Los más vagos del pueblo, que eran unos cuantos, solían pararse durante horas para contemplar como los obreros venidos de otros lugares, incluso extranjeros, construían el edificio. Nadie se imaginaba quien se iba a hospedar en ese lugar.

Sauce Viejo no era un centro turístico internacional, precisamente. Lo cierto es que, apenas inaugurado, el sitio comenzó a ser utilizado por una buena cantidad de turistas que se quedaban unos días, unas semanas o unos meses, según el caso. Por lo general, eran gente que prodigaba poco trato a los lugareños.

Estos turistas reservados y hoscos, muchos de ellos con aspecto de extranjeros, despertaron el chusmerio pueblerino. Las afiebradas especulaciones a su alrededor se fueron acallando cuando todo el pueblo, sin acuerdo previo, llegó a la conclusión de que esta gente, "los turistas", gastaban buena plata en el lugar. Casi todos ellos viajaban a la sierra y compraban provisiones y alquilaban caballos o burros.

Mejor dejarlos gastar tranquilos.

La mujer que se hacía pasar por la esposa del hombre que se decía su marido, entró al hotel con la misma firmeza y seguridad con la que alguna vez había ingresado en otro lugar, muchísimo más importante. Se la veía maravillosa. Vestía chaqueta, pantalones y botas altas de montar y parecía una moderna Walkiria.

El alemán, que alguna vez se hizo llamar Herr Luther y que ahora era conocido por otro nombre, la recordaba de varios lugares. La última vez la había visto entrar a la Wolfsschanze, en Prusia Oriental, para participar en una reunión presidida por el mismísimo Führer. Fue en diciembre de 1941, poco antes de que él tuviera que abandonar Alemania para embarcarse rumbo a América del Sur.

La recordaba, enfundada en su uniforme negro de las SS, tan dura y hermosa como ahora. Podía revivir sus pechos abundantes y firmes, sus soberbios muslos y sus poderosas caderas.

Era una loba que había sabido demostrar su ferocidad.

El alemán la había visto, años antes, luchando contra otra hembra, con garras y dientes, en una de las pruebas de iniciación de la Orden Negra y podía dar crédito de su brutal determinación.

La mujer se acercó al alemán, que estaba esperándola en una de las mesas del bar del hotel y se sentó a su lado. No lo hizo por coquetería ni con ningún propósito de seducción. Simplemente, ahí había una silla.

Helga Braunisch no perdía tiempo en coqueteos. Si quería algo, lo tomaba. Si hubiera deseado acostarse con el alemán lo habría hecho en la primera ocasión. Pero a Helga no le interesaba ese hombre. Ningún hombre, en realidad. El alemán, que alguna vez se hizo llamar Luther, no lo sabía y no pudo evitar una molesta erección al volver a recordar a Helga luchando desnuda con su compañera de la Orden. Las peleas de mujeres, siempre lo excitaban sexualmente.

La voz de Helga lo sacó de su pensamiento.

- Herr Wolfenson...-
- ¿Ja? -
- Lo veo muy pensativo, ¿Qué le pasa? -
-

A su pesar, Wolfenson se sonrojó. Se estaba portando como un estúpido. No estaba en Alemania. Había gente deambulando por el bar y debía seguir su papel. Como un caballero, tendría que haberse levantado cuando vio aproximarse a Helga. Se supone que apenas se conocen. Tampoco tendría que haberle contestado en alemán. Los argentinos paran la oreja y se molestan cuando escuchan a dos extranjeros parlotando en un idioma incomprendible.

- Herr Wolfenson...- Insistió Helga.

Luther/ Wolfenson volvió de su limbo.

- Si, perdone, estaba pensando en otra cosa...todavía no llegó su marido. - replicó Helga podría haberle contestado que esto último era obvio, desde el momento que estaban ellos dos solos, pero se limitó a asentir con la cabeza.

Sobrevino un incomodo silencio.

Luther/ Wolfenson era un hombre que podía pasar largas temporadas sin mantener encuentros sexuales, pero hacía mucho tiempo que no "ejercía" y la proximidad de carne aría lo perturbaba profundamente. Odiaba sentirse así. Se suponía que no debía sentirse así.

El tercer alemán lo sacó de sus cavilaciones.

Era un hombre físicamente afín a un barril de cerveza bávara. Un barril con brazos como tubos con rechonchas manos cuyos dedos semejaban salchichas Weisswurst. El barril se hacía llamar Hans y era el que se decía marido de Helga. El barril tenía un tic arrogante que le deformaba la boca y su aspecto general era bastante detestable incluso para Wolfenson y Helga. Se lo veía y olía sucio y enormemente transpirado. No parecía una buena propaganda para el Renacimiento del Hombre Ario.

Luther/ Wolfenson, sin esperar a que el tonel se desparramara en una silla, se incorporó y les hizo un gesto a los otros dos para que lo siguieran. Los condujo hasta un salón reservado, ubicado detrás de la conserjería. Allí había una enorme mesa de cedro y sillas como para veinte personas.

Hans se derrumbó en una estoica silla. Había vuelto de las sierras, luego de atormentar un pobre asno durante horas y apenas podía contener su frustración.

Wolfenson luchaba por reprimir la risa.

Se imaginaba a ese adefesio buscando una de las Entradas, sudando, maldiciendo y resoplando como un cerdo y se felicitaba por haberle dado datos falsos. Hans podría ser un personaje importante dentro de la Orden, pero indudablemente era un animal deforme, una bestia indigna de toda posibilidad de Elevación.

Helga escuchaba en silencio. Estaba convencida que Hans había sido engañado por el otro y, ciertamente, lo comprendía. Pero Luther no haría eso con ella. Podría persuadirlo. Había visto como él la contemplaba como un lobo en celo. Sabía cómo excitarlo.

Sabía todo sobre él.

CAPITULO XV

(FRAGMENTOS DEL "CUADERNO DE GOTAN")

“...La Sociedad Armanen apareció en la Argentina a fines de la década de los sesenta y tomó ese nombre por considerarse continuadora de la Armanen Order creada por el místico Pangermano Guido von List a principios del presente siglo. Von List fue, entre otras cosas, un apasionado estudioso de la mitología nórdica en general y del antiguo y misterioso sistema rúnico de escritura en particular. Este sistema está compuesto por una serie de signos llamados runas, cada una de las cuales, además de su valor fonético, sirve para propósitos mágicos, tales como adivinar el futuro, influir en el curso de los acontecimientos, defenderse de un ataque o destruir a un adversario.

Von List, retomando y profundizando las enseñanzas y practicas casi olvidadas de los viejos sacerdotes y brujos vikingos, desarrolló un sistema rúnico propio y le adicionó, hasta cierto punto, los prejuicios antisemitas que existían en esa época en su Austria natal.

La Armanen Orden perseguía fines políticos. Su meta era lograr la unificación de Austria y Alemania y crear un poderoso Estado Germano, heredero de las tradiciones y glorias de la idealizada época anterior a la llegada del Cristianismo. Von List y sus seguidores hacían especial hincapié en la superioridad de la raza aria sobre las demás.

Igual que su antecesor, la Sociedad Armanen es un grupo o círculo secreto cuyos propósitos son de naturaleza esotérico- políticos, es decir, que buscan obtener resultados políticos concretos sirviéndose de los recursos que proporciona la magia de las Runas.

Rodrigo Zavaleta, un joven cordobés apareció como la cabeza visible y el presunto fundador de la Sociedad Armanen.

Zavaleta pertenecía a una tradicional y rica familia de terratenientes, dueños de un buen pedazo de las sierras cordobesas. Hasta ese entonces, Rodrigo había sido para todo el mundo, incluidos sus padres, nada más que un vago adinerado, un despilfarrador que gastaba su dinero en las mujeres, el juego y los viajes.

De pronto, un buen día salió a cazar por las sierras y desapareció por tres meses.

Su familia lo había buscado y dado por muerto cuando lo vieron entrar a la casa paterna. Estaba solo un poco más delgado y únicamente se quedó el tiempo necesario para armar las valijas. Luego se marchó a la Capital Federal. Por lo demás, se negó a dar ningún tipo de explicaciones y, por supuesto, a someterse a cualquier examen médico.

Ya en Buenos Aires, muy pronto comenzó a vincularse con grupos nacionalistas y a financiarlos con su parte de la fortuna familiar. No le fue muy difícil reclutar gente y crear la Sociedad Armanen...”.

Kovidoch se detuvo porque, sencillamente, no podía seguir el hilo de lo que estaba leyendo. Tenía tal torbellino en la cabeza que temía le fuera a salir volando. Los recuerdos lo golpeaban. Después de tantos años, nada menos que la Sociedad Armanen volvía a su vida, prolijamente descripta en el cuaderno de un loco.

En 1970 el joven Leo Kovidoch era un estudiante más de los muchos que pululaban por la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

Hijo de una familia de judíos sefardíes de clase media e ideas conservadoras, el ingreso a la universidad fue para él la entrada a un nuevo mundo. Al poco tiempo y muy a tono con la época, Leo se vinculó con Vanguardia Obrera, una minúscula organización política de base maoísta compuesta por algunos estudiantes y dos o tres obreros.

Ideológicamente, Vanguardia tenía una fuerte orientación clasista y su fuente de inspiración se situaba, claro está, en el Libro Rojo de Mao, a manera de Biblia, y en todo otro documento que emanara de esa dirección. Eran fanáticos, a su manera.

Kovidoch, que venía de una familia burguesa y religiosa, se convirtió en un anti burgués y ateo convencido.

Vanguardia Obrera hacía propaganda en la Universidad, en las villas y en las fabricas. Kovidoch, que jamás había trabajado, estuvo seis meses, primero como peón y después como oficial moldeador en la Ferrum, la legendaria fabrica de sanitarios de Avellaneda, hasta que lo echaron por “activista”.

Si los obreros no iban a Vanguardia, entonces Vanguardia tenía que ir a los obreros.

Había que esclarecer al proletariado. Crearles conciencia de su clase. Mostrarles donde estaba el enemigo.

Sobre todo, había que sacarles a Perón de la cabeza.

Vanguardia Obrera era antiperonista porque era antifascista y el Peronismo y el Fascismo era la misma cosa, según ellos.

Las diferencias ideológicas con el Peronismo se ventilaban tanto en el terreno dialéctico como a las patadas.

La primera vez que Kovidoch participó en una pelea, tuvo miedo de que le rompieran la cabeza. La segunda vez solo tuvo miedo de perder. A la tercera, su única preocupación consistió en no dejar de romper ninguna cabeza peronista que se le pusiera a tiro.

Por esa época conoció a Marisa. Se la presentaron en una reunión del partido, que se hizo un fin de semana de mediados de setiembre del `70 en una casa quinta en Del Viso.

El lugar, por lo apartado, era ideal para juntar por dos días a un grupo seleccionado de miembros de Vanguardia que actuaban en Capital, Córdoba, Santa Fe y Mendoza.

Marisa representaba a una célula ubicada en Rosario, bastante activa tanto en la Universidad local como en la zona de Villa Constitución y Gobernador Gálvez. Esta extraordinaria capacidad de organización les había dado cierto prestigio en el partido.

Marisa, que allí no usaba ese nombre, sino que era conocida como Constanza, tenía veintitrés años, rostro moreno, ojos insólitamente claros y ese raro cabello oscuro, largo y

naturalmente enrulado que había terminado de embobar a Leo. Claro está, los pechos generosos que asomaban por la blusa blanca y las soberbias piernas que no podía arruinar el descuidado pantalón azul también hicieron su parte. Lo cierto es que Leo se comportó como un perfecto imbécil en las reuniones de esos dos días y, sin embargo, eso no le importó en absoluto. Su meta, no más ver a Constanza/Marisa fue perseguirla, abordarla, conquistarla, rendirla por cansancio o por hambre si era necesario y amarla.

Todo lo demás, la Revolución incluida, no tenía la menor importancia en ese momento.

Parece que Marisa sintió algo parecido por ese flacucho desgarbado de barba rala, precoz calvicie y gruesos lentes, que en el partido usaba el nombre de batalla de Aquiles, porque esa misma noche se encerraron en un baño e hicieron el amor con salvaje gozo. A la mañana siguiente se comieron una formal reprimenda por “inconducta partidaria”, “desviacionismo burgués” y “falta a la moral proletaria” de parte del Comité que mandaba en ese encuentro. Ni al compañero Aquiles/ Leo ni a la compañera Constanza / Marisa les importó un comino tal cosa. Se habían encontrado y eso era lo importante.

Lo que siguió fue tan rápido como excitante. Marisa se mudó a la Capital y con Leo alquilaron un departamento de un ambiente en el cuarto piso de un viejo edificio ubicado en Paraguay al 2100. No solo el amor la llevó a tomar tal decisión. En Rosario ya estaba teniendo problemas con la policía.

En las primeras semanas, pareció que la pareja se había olvidado de la existencia de una cosa llamada Vanguardia Obrera, de ese asunto del esclarecimiento de la oprimida clase trabajadora, de la cuestión de la Revolución y de un chino de nombre Mao Zedong. Su comportamiento en la cama, en cambio, fue fabuloso y sus planes futuros, tan burgueses como el mejor. Planeaban comprar una casa, tener hijos y hasta contraer matrimonio en forma legal. Por suerte esta locura paso, en parte porque Vanguardia Obrera no abandonaba fácilmente a sus cuadros, en parte, porque los desaciertos del gobierno eran una permanente invitación a levantarse en armas para cualquiera con un poco de sentido de justicia y, en parte, porque pertenecer a una organización semiclandestina no deja de tener su encanto.

Como sea, durante 1971 y gran parte del '72, Leo y Marisa fueron activos militantes, cumplieron ordenes, adoctrinaron y se adoctrinaron, prepararon y se prepararon y hubieran seguido luchando por la victoria de la clase obrera si Marisa no hubiera muerto por salvarlo a él y él no hubiera quedado tan loco, tan solo y tan desgraciado que tuvo que ser internado, empachado de pastillas y enchalecado hasta que se calmó lo suficiente como para no intentar matarse ni matar a nadie. Cuando lo soltaron, Perón estaba muerto y enterrado hacía meses, su esposa, Isabelita, hacía de Presidenta de la Nación y un tal López Rega trataba de quedarse con todo, mientras cazaba a todos los zurdos, semizurdos, sospechosos de zurdos y vecinos de los sospechosos de zurdos que podía. Este caballero contaba para tales menesteres con una organización semiclandestina llamada Triple A, a la que nutría con fondos y armas estatales. Los chicos de la Triple A eran amplios en su odio para con los comunistas y zurdos en general. Tampoco simpatizaban con los judíos. Fuera del manicomio, Kovidoch, se sintió rodeado de locos peligrosos, así que, con la ayuda de sus padres, se fue a las Sierras de Córdoba.

Allí se entretuvo unos años, como empleado para todo servicio de un tío suyo que tenía una hostería en Capilla del Monte.

En ese tranquilo lugar se encontró con la Sociedad Armanen.

Mejor dicho, la Sociedad Armanen lo encontró a él.

CAPITULO XVI

Tulipa le había comprado el bar a un gallego viejo hacía ya cinco años. Siempre quiso ser dueño de un bar. Hizo de todo en su vida, desde vender lencería fina hasta trabajar de guardaespaldas y pesado todo servicio.

Pero tener su propio bar, ese fue siempre su objetivo. Desde pibe, cuando su vieja lo mandaba a buscar al padre al café de la esquina, para que viniera a cenar y Tulipa iba y ahí lo veía a su viejo, sentado a una mesa, rodeado de amigos, jugando al truco, haciendo bromas a los gritos y con un vermouth con ferné al alcance de la mano.

Ahí, su viejo estaba en la gloria.

En cambio, en la casa o cuando volvía del laburo, el padre de Tulipa siempre se mostraba amargado y en casi completo silencio.

Tal vez por eso, para Tulipa, un bar significaba la felicidad. Ser el dueño de un bar, entonces, era ser el propietario de la Felicidad.

Así que, cuando por fin pudo juntar unos mangos, se lanzó a la aventura. Buscando estaba, cuando se enteró que el dueño de un viejo café ubicado en una esquina de Adrogué, cerca de la estación, quería vender el local porque pensaba jubilarse.

Ahora, Tulipa podía considerarse un hombre realizado, con casi cinco años en el negocio que más quería.

Es cierto que no había encontrado la Felicidad, así con mayúsculas, pero estaba bastante bien y no tenía porque arruinarse.

Eso es lo que pensó cuando lo vio entrar a Achaval. La mano voló al rincón, debajo de la caja, donde tenía la Browning. Sin embargo, Achaval fue más rápido, porque los dedos de Tulipa no solo se negaron a tomar el arma, sino que se retorcieron y se quebraron.

Achaval, todavía a tres metros, lo miraba fríamente.

Los dos tipos que estaban en las mesas, sin duda encontraron rara la cara del que había entrado y el gesto de dolor del dueño del bar, pero optaron por parecer ciegos.

Tulipa, agarrándose la mano destruida, marchó hacia la cocina, no porque quisiera, sino porque no tenía otra opción.

Tras él, entró Achaval.

- ¿Qué querés? - Preguntó Tulipa. Era una pregunta estúpida.
- Quiero saber como localizar al Señor.
- ¿Qué...que señor? - Tulipa se ponía todo lo nervioso que el dolor de su mano rota le permitía.

Achaval se permitió la ironía:

- El del Cielo, no...busco al de acá...busco al que manda.
- No sé donde está ese.
- ¡Cómo no vas a saber!

Tulipa sintió que le empezaba a arder el cerebro. Cayó de rodillas y supo que se estaba orinando encima.

- ¡Pará, la puta...pará! - Consiguió decir.

El fuego cesó de golpe.

- ¿Entonces? - Preguntó Achaval.

Tulipa sorbió un gran bocado de aire antes de hablar:

- Andá a...anda a la mierda la puta que te...-

El fuego explotó en su cabeza y bajó como un rayo hasta sus pelotas. Tulipa se desparramó en el suelo sin un quejido. Esta vez se cagó encima. Quedó jadeando entrecortadamente.

Achaval arrugó la nariz, aparentando disgusto por el olor.

- Hablando de mierda... ¿Y?, ¿Hablás o la seguimos?

Tulipa le dijo lo que sabía y entonces Achaval se enteró que no estaba lejos de su presa. Achaval salió de la cocina y comprobó que los dos clientes habían aprovechado para desaparecer. Gente inteligente, sin duda.

Un segundo antes de morir, a Tulipa se le apareció su viejo. Estaba en la mesa del café de siempre. En una mano tenía el vaso de Cinzano y en la otra agitaba unas cartas.

Tenía buen juego. Se veía contento.

Tulipa también se alegró.

CAPITULO XVII

Septiembre de 1967. Sierra del Pajarillo, Córdoba.

Rodrigo Zavaleta pensaba, cuando el dolor lo dejaba pensar, que su pierna izquierda no tenía que estar en ese ángulo. No podía ser que el muslo estuviera perfectamente alineado con el resto del cuerpo y la pierna, en cambio, se doblara hacía la izquierda, casi haciendo una ele. No podía ser, porque él estaba tendido boca arriba y ninguna rodilla se dobla de esa manera. Tampoco era normal que la escopeta le quemara la mano, ¿O era la mano la que se había puesto muy caliente por cuenta propia? ¿Y que hay con el ardor en la frente y con la sed? No siempre pensaba esas cosas, por suerte. A veces soñaba, o algo así. Veía a Marcela y a Clara y a él, desnudos y revolcándose en una gran cama y riendo a carcajadas y tomando champagne y pasándola lo más bien.

Después de eso soñaba, o pensaba, o soñaba-pensaba que Marcela y Clara no podían compartir una cama con él, que no debía ser, aunque sería lindo, primero, porque ellas ni se conocían y segundo, porque Marcela era una de sus putas preferidas y en cambio, Clara del Valle Hurlington era su prometida y se iban a casar en cuatro meses. Pero no dejaba de ser un sueño-pensamiento agradable, siempre que el dolor lo permitiera.

Rodrigo sintió que debía pensar en otra cosa. Tenía que prestar atención. ¿A ver?, ¿Dónde estaba? Era una pieza oscura...no, era de noche y no era una pieza. Le dolía la espalda. Intentó acomodarse mejor y desde la pierna izquierda lo castigaron con un latigazo de fuego y con la punta de un cuchillo que le atravesaba el muslo, le partía la cadera y se le enterraba en el pulmón izquierdo.

El dolor le lleno de luz la cabeza, y recordó.

Había salido a cazar, solo, como de costumbre, como le gustaba hacer la mañana siguiente a una noche de joda, cuando estaba en las sierras.

Era lo que amaba de ese lugar. En Buenos Aires había más variedad y mucho mejores hembras, que duda cabía, pero uno no podía terminar una joda salvaje de una forma salvaje. No como a él le gustaba, por lo menos. Acá, uno iba a cualquiera de los pueblos o pueblitos desparramados para un lado o para otro, averiguaba donde estaban las prostitutas del lugar y a fuerza de plata les hacía lo que quería. Sin preguntas, formalismos ni pelotudeces. Llegabas y te conocían, por la ropa y por el coche.

Entonces agarrabas a la mejor puta y le hacías lo que te venía en gana. Eras el dueño.

Eras Dios, que se la cogía por adelante y por atrás, y después, las tirabas a la mierda.

Para eso, uno pagaba. Para poder hacer lo que quisiera, para no tener que dar explicaciones, para ser Dios.

Después, Dios se iba, y a la mañana siguiente, salía a cazar, para volver a ser Dios, para volver a ser dueño de la vida y la muerte.

Solo que esta vez, Dios había tropezado con alguna piedra y se había caído, rodando ladera abajo como un simple mortal y había terminado tirado entre unas matas raquílicas, con la pierna izquierda en un ángulo incorrecto y un dolor insoportable.

Había gritado pidiendo ayuda hasta que se le secó la garganta. Después, la cara se le mojó por el llanto. Lloró como una puta abandonada por Dios.

Después se arrastró sobre su espalda, centímetro a centímetro, mordiéndose para no gritar. Finalmente, no pudo más y se dejó estar ahí.

El último dolor lo había puesto lúcido y entonces Rodrigo Zavaleta empezó a actuar como un hombre lúcido y sintió miedo. Ya había advertido que era de noche. Ahora echó la cabeza hacia atrás todo lo que pudo y comprobó que se encontraba en la entrada a una gruta. La boca de la gruta tendría un metro y medio de diámetro. Se preguntó si le convenía entrar y guarecerse. Desechó la idea con espanto. Sería como estar en un ataúd, si una vez dentro, la cueva no se ensanchara. Además, ¿Cómo iba a poder salir, si su única forma de movilidad consistía en arrastrarse hacia atrás?

Llegado a este punto, Rodrigo intento sentarse, ayudándose con los codos, pero el tiránico dolor se lo impidió. Resoplando y transpirando, cayó en cuenta que su única compañía era la de su vieja escopeta de dos caños. No había llegado a tirar un tiro, así que tenía que estar cargada. El cinturón con la cartuchera había desaparecido, probablemente se lo haya quitado el mismo, mientras se estuvo arrastrando. Así que solo estaban él, la escopeta y dos cartuchos. Poca protección, si es que había que protegerse contra algo. También podía pegarse un tiro y terminar con esto, pero sabía que no lo haría, nunca lo haría. El suicidio no era algo para él. El dolor y la incomodidad tampoco, pero pasarían, eso esperaba. Tal vez a la mañana alguien lo encontrara. No estaba en la selva africana, después de todo. Más de uno solía cazar por esa zona. Lo encontrarían, sin duda. Ya sus padres habrían dado la alarma. Había que pasar la noche. Era un pensamiento reconfortante, pero el ruido vino a estropearlo.

El ruido lo sobresaltó.

No es que hasta entonces hubiera reinado el absoluto silencio. Siempre hay ruidos cuando uno pasa la noche al aire libre. La vida sigue su curso en la oscuridad y la vida suele ser ruidosa. Pero para alguien acostumbrado a hacer noche en la sierra, hay ruidos familiares a los que no se les presta importancia.

Este, en cambio, no era un ruido familiar.

Era como un zumbido, como el de un millar de abejas, que iba aumentando poco a poco, como si la cosa que producía ese sonido se fuera acercando lentamente. Además del zumbido, se empezó a escuchar como si algo estuviera arrastrándose. Los dos sonidos venían desde la misma dirección, como si fueran provocados por la misma fuente.

El terror empezó a adueñarse del estomago de Rodrigo Zavaleta. El ruido combinado de zumbido de abejas y cosa arrastrándose seguía aumentando y ahora no quedaban dudas: Provenía de la gruta en la que estuvo a punto de meterse.

Rodrigo volvió a arquear el cuello hacía atrás. Estaba seguro que algo saldría de ese agujero y quería verlo a penas se asomara.

De pronto, el zumbido ceso. En cambio, el ruido de la cosa arrastrándose aumentó hasta convencer a Zavaleta de que el peligro estaba a centímetros de la salida de esa gruta.

El espanto le produjo una ráfaga de iluminación. Recordó a su escopeta. La estaba aferrando ferozmente con su mano derecha y, sin embargo, la había olvidado. Tan rápido como pudo, sostuvo el arma con ambas manos y dirigió los caños hacia el agujero. Era muy difícil tirar así, tendido boca arriba, a un blanco situado detrás de su cabeza.

El cuello y la espalda le dolían horriblemente, de tanto retorcerse. Deseó que la cosa saliera de su cueva cuanto antes, porque no iba a aguantar mucho tiempo más en esa posición. Apenas algo asomara por el agujero, apretaría los dos gatillos y a la mierda. No iban a quedar ni los pedazos. Ninguna cosa lo iba a venir a joder a él. No era la primera vez que pasaba la noche solo en la sierra. No iba a tener miedo, no...

El brillo blanco lo encegueció. Duró cosa de un segundo, pero sirvió para dejarlo atontado por varios minutos. Rodrigo no pudo saberlo, pero la ráfaga de luz brillante y blanca salió de la cueva y tras él, arrastrándose sobre codos y rodillas, emergió un hombre.

Rodrigo no pudo verlo. Había quedado con los ojos abiertos, mirando sin ver. Sostenía la escopeta pero no se le ocurrió disparar, porque no se le ocurrió absolutamente nada.

El hombre se puso rápidamente en pie y contempló al herido. Cuando le quitó el arma de las manos, Rodrigo no opuso resistencia alguna. El recién llegado era alto, no le faltaba mucho para llegar a los dos metros, pero no daba la impresión de ser un larguirucho porque mostraba un físico robusto, de hombros anchos. Llevaba el pelo rubio, casi blanco, largo hasta los hombros. La piel de la cara y las manos era extremadamente blanca. El rostro se destacaba por la mandíbula cuadrada y la nariz pequeña, casi más propia de una mujer que de un hombre. Los ojos estaban cubiertos con una especie de antiparras. Estaba vestido con una túnica plateada en la que no se advertían cierres, botones, ni bolsillos. Calzaba unos botines del mismo material y color que la túnica. Pese a que se había estado arrastrando, se lo veía inmaculadamente limpio.

El hombre era vigoroso, pues arrojó la escopeta de Rodrigo lejos de ahí. Luego se inclinó hacia el herido, quien seguía completamente obnubilado. Inclinado sobre Zavaleta, el recién

llegado pareció reflexionar sobre algo y llegar a una decisión, porque se incorporó y, sin dudar, suave pero firmemente, acomodó la pierna rota para que siguiera la línea del cuerpo. Rodrigo no profirió ni un gemido. Completada esa tarea, el desconocido se situó detrás del herido y, arrodillándose y tomándolo de un hombro, empezó a arrastrarse hacia atrás, de vuelta a la gruta. Recién entonces, Rodrigo Zavaleta comenzó a salir de su estupor. Uno o dos minutos después, cuando ya tenía la mitad de su cuerpo introducido en la cueva y seguían arrastrándolo centímetro a centímetro, en completo silencio, Rodrigo se dio cuenta que algo lo tenía atrapado y lo estaba enterrando en la más absoluta oscuridad. Entonces, algo pugnó por salir de su garganta.

Al principio, las cuerdas vocales, paralizadas por el horror, no le respondieron, pero después, el aire logró hacerse paso y de su boca escapó un alarido de animal aterrorizado, de bestia a merced del cazador.

Rodrigo gritó, grito y grito, hasta que se desmayó. Mientras tanto, sus aullidos habían golpeado con las estrechas paredes de la cueva. El desconocido no se había molestado en calmarlo o hacerlo callar.

Si no hubiera perdido el sentido, Rodrigo habría visto cuando la angosta y oscura cueva, repentinamente desembocó en un ancho e iluminado pasillo, de alto techo y pulidas paredes. Hubiera visto que, una vez allí, el desconocido pudo volver a pararse y dejó de arrastrarlo. Hubiera visto y oído hablar en una lengua incomprensible al extraño desconocido con unos pequeños seres aún más extraños y desconocidos. Hubiera visto que el desconocido, que después de todo parecía ser un ser humano, se alejaba y lo dejaba al cuidado de esos seres que no parecían ni hombres ni mujeres, ni nada que hubiera visto antes.

Nada de eso vio, porque despertó, quien sabe cuanto tiempo después, con su pierna completamente curada y con su mente en una rara y desacostumbrada calma, que hizo que no se sorprendiera por nada de lo que vino a continuación.

El extraño hombre y los extraños seres dejaron de ser extraños. Conoció cosas que no había siquiera soñado y a todo le encontró sentido.

El tiempo pasó, sin relojes en el medio y, cuando supo que debía salir otra vez al mundo, tampoco le sorprendió. Se había preparado para eso.

Emergió una noche, por la misma cueva en que había entrado y no tuvo dificultad en retornar a la casa de sus padres. Le contaron que habían pasado tres meses y eso no lo perturbó en lo más mínimo.

Tenía una Misión, un Sentido y un Plazo, eso era lo único que importaba.

CAPITULO XVIII

Estaba ahí.

Podía sentirlo. Tulipa no había mentido. Achaval se había enfocado en esa casa y no le quedaban dudas.

Tampoco tenía dudas de la magnitud de las murallas. El Señor sabía cómo protegerse. Era imposible, para un practicante tan elemental como él, soñar siquiera con atacarlo con algún conjuro conocido. El Señor no era un Tulipa cualquiera.

Por eso intentaría el ataque físico.

Lo cual era de un elemental absurdo, pensó. ¿Qué podía hacer un hombre solo contra el Señor?

Esa no era forma de pensar, se ordenó. Pensando así, lo mejor que podía hacer era irse y esconderse en cualquier agujero.

Finalmente, no era una mala idea.

Era el tipo de idea que se le ocurre a una persona inteligente y prudente. Pero, una persona inteligente y prudente no se mete con la gente con la que él se metió, ni estudia las cosas que él estudió, ni, mucho menos, las practica. Una persona inteligente y prudente se busca un buen trabajo y se gana la vida y, también, se busca una buena mujer y se casa y tiene hijos y funda una familia y se va todos los años de vacaciones y se apasiona por cosas inofensivas como el fútbol, por ejemplo. Por eso, una persona inteligente y prudente no tiene ninguna necesidad de esconderse en un agujero. Por supuesto, tampoco tiene necesidad de estar parado frente a esa temible mansión, esa piojosa noche, intentando algo estúpido.

Ahora que veía la casa con sus ojos, le parecía todavía más grande que cuando la había enfocado. Era una manzana entera rodeada de un paredón de cuatro metros. Solo se asomaba el techo de la mansión y la copa de algunos árboles.

Podía trepar el paredón pero, ¿después qué?

Mejor entrar por la puerta principal. Y con unos cuantos compañeros.

No pudo evitar sonreír y recordar...

...la Uzi le quemaba en las manos. Era irónico que una ametralladora israelí fuera su mejor amiga de esos días. Había que matar comunistas, troskos y... judíos con esa Uzi israelí. No importaba. Pocas cosas importaban en ese momento. Lo ideal era no pensar, tener la mente en blanco. Esperar las órdenes e ir para adelante. O para atrás, o para donde lo mandaran. La cuestión era esperar órdenes. Necesitaba órdenes. Cada vez más, en esos días.

La calle Villate estaba vacía y el portón de entrada les cerraba el paso. Pero ellos eran como docientos, con Itakas, Uzis y granadas, entre otros chiches. Era el sábado 19 de julio de 1975, a la tarde.

Ellos iban a salvar a la Patria.

Pensó que se tendrían que ganar el derecho de entrada a sangre y fuego cuando, de pronto, les abrieron las puertas. ¿Capitulación?

Entraron a los jardines de la Residencia Presidencial. Achaval fue uno de los primeros. No tuvieron tiempo para sorprenderse: cuatro carriers blindados M-113 y ciento cincuenta granaderos los embolsaron.

Se rindieron mansamente, mirándose unos a otros, con vergüenza. Faltaba que algunos o todos se hicieran pis encima y los soldados tuvieran que venir a cambiarles los pañales.

Como ejercito eran un chiste. Estaban terminados.

El Destino les era negado.

Los milicos los revisaron, les requisaron las armas y los mandaron a las casas. Como a chicos malcriados atrapados en medio de una travesura. Por suerte, ninguno se había hecho pis encima. Todavía quedaba algo para enorgullecerse: No se habían pishado. Ese mismo día, el que ellos habían ido a salvar, se iba del país a bordo del avión presidencial. José López Rega, flamante "embajador", huía hacia alguna parte...

Podía trepar el paredón pero, ¿Después que?

Sintió las Presencias.

Se asentaron en torno suyo hasta casi ahogarlo. Pudo ver sus reflejos azulados. Trazó un rápido círculo de protección para alejarlas.

Percibió como el entrelazado rúnico acudía a defenderlo y lo rodeaba, apenas a tiempo. Las Presencias eran muy poderosas y lo observaban. Lo estaban enfocando. Achaval era consciente de que no podía seguir ahí por mucho tiempo. Tenía que huir mientras tuviera oportunidad. Pero estaba furioso y la furia no da consejos acertados, así que se quedó e intentó confrontar con las Presencias.

Se armó con una Runa de protección y una de ataque. Paró los terribles golpes del enemigo y lanzó los suyos, sin resultado. Luchó contra las Presencias, inmóvil y en silencio, hasta que estas rompieron su frágil círculo defensivo y lo rodearon con hilos dorados y el rayo azul que venía de la tierra y el rayo azul que venía del cielo lo atravesaron por abajo y por arriba y se unieron en el centro de su cuerpo y explotaron con rojo fuego, un segundo después que su mente se lanzara...

Quedó tendido en el piso, boca abajo e inmóvil.

Su alma se refugió, enloquecida de dolor, en lo más recóndito de sí y alzó un último muro y se encerró en él. Allí se quedó, aullando de miedo, mientras, muy lejos, su lastimado cuerpo seguía inerme e indefenso, esperando el tiro de gracia.

CAPITULO XIX

El perro, si es que se puede llamar perro a un hiperdesarrollado Gran Danés negro, le ladraba, amenazador. Pero él, esta vez, era un chico valiente. Así que le hizo frente y se quedó ahí, parado con los brazos cruzados y mirando fijamente al animal. De pronto, la bestia se paró en dos patas, que más bien parecían pies y comenzó a golpearlo en la cara: tam, tam, TAM, TAM...

Tiró el velador y se levantó de un salto. Miró sin ver a un lado y a otro de la oscuridad y no tuvo tiempo de sentirse ridículo, por estar temblando en calzoncillos en medio de su dormitorio, porque los golpes se hicieron más fuertes.

Por fin, desde algún lugar de su cerebro, alguien se tomó el trabajo de avisar a Kovidoch que esos golpes significaban que una persona estaba llamando a la puerta de su casa. Develado el enigma, hasta llegó a parecerle natural que no usaran el timbre. A los tropezones, llegó a la puerta de calle.

Por la mirilla se enfrentó con la rotunda cara de Gotán quien, muy digno, llevaba un hombre en brazos.

Kovidoch abrió sin pensarlo siquiera. Gotán prácticamente lo llevó por delante y no paró hasta depositar su carga en el sofá.

- ¿Qué es esto? - Quiso saber el médico.
- ¿No esperará que le conteste? - repuso el Tuerto.
- Ya sé que es un hombre... ¿Qué le pasa?
- Está por morir. Cúrelo.

Kovidoch pensó que no tenía sentido contestar, ni sorprenderse, ni nada. Se arrimó para revisar al enfermo. Era un hombre de unos cincuenta años, fornido pero entrado en kilos. La nariz tenía el tabique roto por algún viejo golpe. Le abrió los párpados y observó que los ojos marrones miraban el techo sin ningún interés. El delgado y canoso bigote estaba

apenas manchado de sangre, igual que los labios. El tipo se peinaba con gomina el pelo entrecano. "*¡Gomina!, una cabeza dura de hijo de puta...*" ¡Gomina!, una rareza. Kovidoch había usado gomina cuando era adolescente y por obligación. Era como tener un casco en la cabeza. Podías golpearte la coronilla y sentir el toc-toc, y después se desprendía un polvo fino que daba la impresión de que uno estaba lleno de caspa. "*Nazis putos...*" Detestaba la gomina. Si en algo había avanzado el mundo fue con la abolición de la infame costumbre de peinarse con gomina, porque la gomina... que cosa desagradable...dura, opresiva, autoritaria. Bien de fascista, bien de reprimido, de tipo que no puede dejar sueltos sus pensamientos porque entonces se va a la mierda, porque la gomina...

- ¡Eehh, doctor!, ¿Está soñando?

Al tiempo que preguntaba, Gotán sacudió al médico por un hombro.

Kovidoch volvió al mundo y buscó adoptar una actitud profesional, ahí, en medio de su comedor, vestido con un slip rojo en el frío de la madrugada y gozando de la compañía de su ciruja de cabecera y un desconocido medio muerto.

- ¿Dónde lo encontró? - preguntó al croto.
- Andaba por ahí y ...lo vi, tirado.
- ¿Y por qué me lo trajo a mi?
- Porque usted es médico.

No era el mejor momento del día y del siglo para empezar una discusión estúpida.

- Eso ya lo sé. ¿por qué no lo llevó a un hospital?
- Eso lo tiene que hacer usted.

Un ciruja le decía lo que tenía que hacer.

- ¿Por qué?
- Porque tiene que hacerse cargo de él. Además, necesita un psiquiatra.

"¿También diagnostica?"

- Ni yo tengo que hacerme cargo de nadie, ni tampoco sabemos todavía si necesita un psiquiatra, un cardiólogo o que.

El único ojo se curo se abrió, extrañado.

- ¿No lo reconoce?

"El juego de las adivinanzas".

- ¿Tengo que reconocerlo?

- Yo diría que si.

- ¿Un antiguo amigo?

- Conocido, más bien.

- Me parece haberlo visto en algún lado, pero...

-

De pronto, Leo Kovidoch recordó. Una cabellera oscura, larga y enredada, y un rostro hermoso que se quebró en dolor le azotaron la memoria con ferocidad. Sintió ese dolor en el pecho que había sido tan familiar. Un dolor quemante que solo se calmaba con furia.

Las manos de Kovidoch se cerraron en torno al cuello del hombre desvanecido.

CAPITULO XX

(FRAGMENTOS DEL "CUADERNO DE GOTAN")

“...De la Sociedad Guido Von List, salió Philip Stauff, representante de la Sociedad en Berlín. En 1912 se separó de la sociedad para formar su grupo astilla, llamado Germanen Order. A esta orden llegó con su gran influencia la figura de Rudolf Von Sebbotendorf. Sebbotendorf era un hombre muy particular y un autentico iluminado.

Dirigía un movimiento interno especial dentro de la orden, llamado la Primera Logia Antisemita, cuya intención era "combatir la alianza secreta judía". Las normas de esta orden alemana eran estrictas e inequívocas. Solo eran admitidos los alemanes capaces de probar la pureza de su sangre alemana hasta tres generaciones atrás. Para asegurarse que no eran admitidas razas inferiores, se medía los cráneos de los candidatos para verificar su adecuación racial.

En 1917 había 100 logias de la orden extendidas por todo el Reich. Al final de la guerra, la orden se desintegró dividiéndose en varias organizaciones nuevas. Hermann Pohl, uno de los primeros miembros, dirigió uno de los pequeños grupos. Von Sebbotendorf, por entonces jefe de la sección bávara, era el Gran Maestro de la Provincia Bávara y fundó un nuevo periódico. Llamado **Runen (Runas)**, que contenía artículos sobre misticismo, el conocimiento de las runas, los misterios de la tierra y la historia racial..."

".... Muchos han buscado, buscan y buscaran la Fuerza que penetra al Mundo. En todas las épocas y en todos los lugares existieron exploradores que soñaban con encontrar la esquiiva Llave del Poder. Conocida de antiguo, esa fuerza ha recibido muchos nombres: Energía Vital para los chinos y Prana para los hindúes. Los polinesios, que creían que había sido utilizada para erigir las estatuas de la isla de Pascua, la llamaban Mana.

Ocultas en la Edad Media por ordenes esotéricas como los Caballeros Templarios y los Caballeros Teutones, esa fuerza fue revelada públicamente por excelsos alquimistas

despreciados por los ignorantes, como fueron Paracelso y Van Helmont, quienes le dieron respectivamente los nombres de Munis y Magnale Magnum. Franz Anton Mesmer utilizó la fuerza. Para él era Magnetismo Animal. Von Reichenbach la llamó Fuerza Odica u Odílica y los entusiastas de la radiestesia la llaman Fuerza Etérica. Para los teósofos era la Luz Astral. En el siglo veinte L.E. Eeman la llamó Fuerza X.

Wilhelm Reich la denominó Orgón y los Caballeros Iluminados de la Orden Negra Nacionalsocialista la conocían como Fuerza W. Para los cazadores de energías ley de hoy es la Energía Ley, o más poéticamente, el Pulso del Dragón. Los parapsicólogos soviéticos hablaban de Energía Bioplasmica o Energía Psicotrónica..."

"...Ese poder es el Vril. Entre la proliferación de grupos ocultistas que puede encontrarse al final del siglo pasado, se halla la Sociedad Vril, dedicada al dominio de esa fuerza. Conocida originalmente como la Logia Luminosa, la Sociedad Vril sintetizó las enseñanzas del ocultista sueco Emmanuel Swedenborg con las enseñanzas de los iluminados bávaros y del alquimista y cabalista del siglo XVII Jacob Böhme.

La Sociedad Vril enseña que bajo la tierra existe un reino subterráneo llamado Agartha o Agarthi. Agartha está comunicado con el mundo de arriba, por medio de una gigantesca red de miles de túneles subterráneos que salen a la superficie. Hay una entrada en el Tíbet, pero también hay otra en la Amazonia, allá donde existe la legendaria ciudad de Akakor. También hay caminos por los Andes, en los Urales, en Machu Pichu y en las Sierras de Córdoba, entre muchos otros asentamientos sagrados. Algunos sostienen que debajo de algunas ciudades modernas, como Londres y Buenos Aires, corre una red de pasadizos que comunican con Agartha. Allí vive una raza superior, esperando el momento de subir a la superficie y someter a la raza humana.

Según cuenta el explorador ruso-polaco Ferdinand Ossendowsky, en 1890 apareció en el templo de Narabanchi, en la Mongolia exterior, un extraño ser que se llamaba a sí mismo el Rey del Mundo y pertenecía a ese mundo interior. Se dice que ese ser intraterrestre pronunció una profecía relativa al medio siglo siguiente, en el que se producirían grandes movimientos sociales y una enorme destrucción, seguida de un período de paz. Tras él, una guerra mundial mayor sería el prelude para que los pueblos de Agarthi subieran a la superficie. En Argentina, a principios de la década del sesenta, dos hombres que buscaban

la entrada a Agarthá desaparecieron sin dejar rastros, luego de internarse en un antiguo túnel de la época colonial, de los muchos que hay en la parte vieja de la ciudad. Se dice que se guiaban por un mapa confeccionado por estudiosos alemanes pertenecientes al Ahnenerbe (El Instituto para la Herencia Ancestral de las SS).

... Los habitantes de Agarthá poseen el Vril..."

CAPITULO XXI

Quince días después, a Leo Kovidoch todavía le dolían los brazos. Gotán había resultado tremendamente fuerte, cuando impidió que el médico estrangulara a Achaval.

El loco no hizo caso de los gritos, insultos y pataleos del doctor. No iba a matar al asesino, y punto.

Apenas calmado, Kovidoch se negó a atender al hombre que yacía inconsciente en su casa. No ayudaría a ese asesino. Jamás. Nada lo obligaría a eso.

- Usted es un ignorante. - Le dijo Gotán.

El médico se quedó estupefacto.

En una situación así, hubiera esperado que el otro intentara disuadirlo, hacerlo reflexionar o, incluso, que lo insultara. Nunca se le hubiera ocurrido que lo iban a llamar ignorante por querer acabar con el asesino de su mujer.

Claro, después de todo, Gotán era un loco.

Como sea, las palabras del demente obraron un extraño efecto calmante en el animo de Kovidoch.

La ignorancia era uno de los defectos que más detestaba. No saber algo, cualquier cosa, siempre lo había irritado. Era un detalle de su personalidad que había resistido a todo análisis. La palabra ignorante y un clásico bonete orejudo de burro de escuela relampagueaban en su mente, reemplazando su furia contra Achaval, por igual cantidad de bronca y vergüenza contra si mismo. Gotán había hablado con la iluminada intuición que a veces muestran algunos locos.

Kovidoch luchó unos instantes contra el infantil impulso de preguntarle al ciruja porque lo había llamado ignorante y, finalmente, se declaró derrotado.

Gotán se limitó a decirle que Achaval lo llevaría por un camino que él, Kovidoch, debía recorrer y que por eso y a pesar de todo su justo odio, el médico debía aliarse con su enemigo.

Por eso, quince días más tarde y con los brazos aún doloridos, Leo Kovidoch se encontraba en una sala de terapia intensiva, observando como Roberto Achaval parecía salir, poco a poco, del coma profundo en el que había sido encontrado.

No iba a morir, después de todo.

Contemplándolo por enésima vez, Kovidoch se preguntó que tipo de alianza podía hacer con ese hombre, que camino podía mostrarle y que cosa podía necesitar él de ese sujeto.

Había renunciado a todo intento por indagar a Gotán acerca de su sorprendente cambio.

El ciruja se había vuelto inmovible. Ninguna técnica servía con su nueva personalidad.

Disgustado, el médico abandonó la sala.

Como se lo esperaba, Gotán estaba en el pasillo.

El loco se había convertido en una suerte de perro guardián de Achaval, un vigilante San Bernardo que vivía y dormía en el pasillo. La gente de seguridad intentó echarlo más de una vez, pero siempre volvía. Finalmente, Kovidoch ordenó que lo dejaran tranquilo. Por su parte, el loco no molestaba a nadie. Solo permanecía ahí. Siempre.

El médico saludó al ciruja con un gesto y se marchó.

Gotán siguió ahí, custodiando con su único ojo la puerta de la sala de terapia intensiva.

CAPITULO XXII

(FRAGMENTOS DEL "CUADERNO DE GOTAN")

"...Guillermo Dangel, un estudioso del tema en la República Argentina, sostiene en su libro "La Ciudad perdida de Erks", que existe documentación que demuestra que se desarrollaron varias reuniones en el hotel Edén de la Falda, Córdoba, a la que asistieron dirigentes alemanes, científicos de ese origen y argentinos que colaboraban con los proyectos de los primeros. Se dice que, a partir de 1938 los alemanes construyeron una base secreta en el cerro Uritorco y que, para disimular esa construcción, se dispuso la construcción paralela del dique de los Alazanes. Para ello se buscó un lugar inaccesible en medio de las sierras. El lugar coincidiría con una entrada a una Ciudad Subterránea...

...Héctor L. González, en el número 124 de la revista argentina "Cuarta Dimensión", relata que en el Tíbet, existe una puerta que conduce al reino de Agartha, custodiada por los lamas, así como existen otras supuestas puertas en otras regiones del planeta, como en Afganistán, en las Rocallosas y en el Amazonas, lugar en donde desapareció el coronel Fawcet y su hijo, quienes buscaban la entrada al mundo subterráneo.

En la Argentina, en el año 1970, en la provincia de la Rioja, ocurrió un caso que tiene una gran relación con el mundo subterráneo y que fuera relatado por revistas especializadas de la época. (Dimensión desconocida, N°3). En setiembre de 1970, en un lugar denominado Comunidad Cristiana, en la casa del médico del lugar, quien se encontraba en compañía de un cura, apareció un pastor, el cual contó a los presentes una increíble historia. Según él, estaba pastando sus ovejas en el Cerro Rosario, cuando lo sorprendió una tormenta, lo que lo hizo ingresar en una cueva, la cual tenía una serie de peldaños que descendían al interior de la montaña. Pensando que se trataba de una mina abandonada, descendió, y cual sería su sorpresa al ver una inmensa ciudad, con edificios que terminaban en cúpulas.

Ingresó en la ciudad y empezó a caminar, atravesándola, observando a las personas, vehículos, calles y todo lo que en ella había. Atravesó toda la ciudad sin ser detenido, hasta

que llegó a una salida en el otro extremo de la misma, que daba a la otra ladera del Cerro Rosario, desde donde divisó la Comunidad Cristiana.

Ante tan sorprendente relato, al día siguiente, partieron el cura y el médico munidos de grabadores y maquinas fotográficas, para registrar pruebas de la existencia de una ciudad subterránea. Al llegar quedaron asombrados ante la magnificencia de la ciudad.

Al salir de ahí se dirigieron al gobierno de la Prov. De la Rioja, para que tomara medidas sobre el asunto, pero al llegar las autoridades y los equipos de investigación, solo quedaban descubiertos tres peldaños, de ambas laderas del Cerro..."

"...En 1973 fueron encontrados unos extraños restos, en la ladera sur del Cerro de la Noria, ubicado a tres kilómetros del pueblo de Sauce Viejo, situado en la zona serrana de la Provincia de Córdoba. Los restos fueron hallados por dos muchachos que estaban llevando unas cabras a pastar. Según los informes, se trataba del cuerpo de un ser de no más de un metro de altura. El cuerpo se encontraba en lamentable estado, al parecer comido en más de un cincuenta por ciento por algún animal salvaje del lugar. Según se pudo saber por medio de la precaria autopsia a la que se lo sometió, por parte del médico forense de la localidad de Capilla del Monte, no se trataba de un niño ni de un enano. Se habló de lo extraño de sus ojos y de la curiosa forma de la cabeza de la criatura. La policía de Capilla del Monte dio aviso a la superioridad, en la capital de la provincia y al día siguiente se presentó una comisión policial proveniente, no de la ciudad de Córdoba, sino de la Capital Federal. Esta gente se hizo cargo del cuerpo y se llevó los resultados de la autopsia. Desde entonces nada más se supo del tema."

CAPITULO XXIII

- No sé de que hablarle, doctor. - le dijo Roberto Achaval a Leo Kovidoch.

El médico tampoco sabía que decirle. Peor aún, ni siquiera tenía el menor deseo de cambiar una palabra con ese hombre.

Por eso, le hubiera gustado contestarle que no quería que le hablara de nada.

En vez de eso, trataba de concentrarse. Trataba de recordar que estaba ahí, sentado al lado de ese hombre tendido en un diván, con la tarea de ayudarlo, de curarlo, de hacer que volviera a la normalidad. Eso, si ese hombre alguna vez tuvo una normalidad, si se puede llegar a pensar que ese hijo de puta alguna vez no fue una basura como ahora... pero no, ese no era el camino, así no iba a ningún lado. Mejor dicho, así iba a parar a Marisa, a esa tarde y a ese tipo engominado que, sonriendo, le pegó un tiro y la sacó para siempre de su vida. Ese tipo que ahora no sonreía y, por suerte, ni siquiera lo miraba.

- ¿Doctor...? - insistió Achaval.

Kovidoch tuvo que despabilarse y volver a la realidad y tomar todo su inmenso odio y enrollarlo cuidadosamente y guardarlo en el lugar más profundo de su alma. Achaval había salido hacía un mes del coma y, al parecer, su memoria estaba afectada. Podría haber sido un caso muy interesante. Era un caso muy interesante, en realidad, si no fuera que el paciente era "ese" sujeto.

- No me diga nada, entonces. - Contestó Kovidoch, con poca gana.

En el silencio siguiente se podía adivinar que Achaval estaba buscando las palabras correctas, en medio de un océano de potenciales insultos. El hombre llevaba semanas soportando a duras penas a ese médico que mierda que lo trataba como basura. No entendía ni le importaba realmente entender porque ese tipo lo trataba tan mal, pero quería

salir de ese hospital. Tenía cosas que hacer, pero antes, necesitaba recordar que le había pasado.

Finalmente, encontró las palabras buscadas.

- Doctor, si no hablo, ¿Para que sirve todo esto? - Dijo Achaval, con su mejor voz.
- Sirve...para que nos conozcamos- Le contestó el médico, solo por hablar.

El otro se removió en el diván.

- ¿Qué me pasó, doctor?
- Eso es lo que tratamos de saber.
- Usted me puede ayudar.
-

Kovidoch tragó saliva. Tenía que mentir:

- Eso es lo que quiero.
-

Achaval alzó los brazos, como implorando por claridad al Cielo.

- Entonces... hablemos en serio.

Leo no pudo evitar una salida psicoanalítica:

- ¿Qué significa hablar en serio?

Achaval cerró ambos puños y, de un solo movimiento, se sentó en el diván. Todavía siguió dándole la espalda al médico.

- Significa que me deje de tratar como un paciente. - Su voz sonó con ferocidad contenida a duras penas.

Kovidoch sintió deseos de abrirle la cabeza con el pisapapeles con el que estaba jugueteando. En lugar de eso, siguió con su papel:

- ¿Usted no se considera un paciente, en estos momentos?

El hombre de espaldas resopló, impaciente.

- No suyo. - Contestó.
- ¿Cómo?
- Quiero decir que no me siento un paciente suyo...

Kovidoch lo miró, intrigado.

Achaval prosiguió.

- Ya sé que estoy en un hospital. En un manicomio, para ser preciso. También sé que llegue acá en coma...y tengo idea de lo que estaba haciendo cuando...me enferme...pero, yo no soy un paciente suyo... yo para usted no soy un paciente. Usted se hace el médico conmigo...
- ¿Piensa que no soy médico...?
- ¡Ya sé que es médico! ¡No me trate como a un tarado! ...Lo que quiero decir es que usted tiene un interés personal en todo esto.
- ¿Por qué lo dice?
- Lo sé.

En realidad, Achaval no lo había sabido sino hasta el preciso momento en el que le vinieron esas palabras a la boca. Fulminado por la revelación, y sintiendo que estaba a las puertas de otro descubrimiento aún más importante, se dio vuelta y miró al médico directamente a los ojos, con extraordinaria fijeza. Algo pareció golpearlo dentro de la frente. Entornó los párpados.

- De algún lado lo tengo visto...

Leo Kovidoch mantuvo firme la mirada. Deseaba que el otro lo recordara. Deseaba terminar con esta parodia de análisis que venían representando hace un mes.

Algo en los ojos de Achaval le avisó al médico.

- Lo siento- Dijo Achaval

Kovidoch dejó el pisapapeles a un lado del escritorio y entrelazó los dedos. No podía evitar el molesto temblor.

- Si quisiera matarme, lo entendería. - Siguió Achaval.

- Lo intenté.

Esta vez fue el turno de Achaval para sorprenderse.

- ¿Y... que pasó? - Preguntó.

- Parece que tenemos que estar vivos...y juntos.

-

Achaval asintió involuntariamente, aún más asombrado.

Kovidoch supo que ambos tenían algo que contarle al otro, les gustara o no.

Empezó a hablar.

CAPITULO XXIV

(FRAGMENTOS DEL "CUADERNO DE GOTAN")

"...La Eterna Agartha...no fue siempre subterránea, y no permanecerá siempre así; vendrá un tiempo en el que, según las palabras dadas por Ossendowski, los «pueblos de Agartha saldrán de sus cavernas y aparecerán sobre la superficie de la tierra». Antes de su desaparición del mundo visible, este centro llevaba otro nombre, pues el de Agartha, que significa «inalcanzable» o «inaccesible», no habría sido el más conveniente.

Ossendowski precisa que se hizo subterráneo «hace más de seis mil años», y ocurre que esta fecha corresponde, con una muy suficiente aproximación, al comienzo del Kali- Yuga, o «época negra», la «edad de hierro» de los antiguos occidentales, el último de los cuatro períodos en los cuales se divisa el Manvantara; su reaparición debe coincidir con el fin del mismo período.

Fue en el Desierto de Gobi donde existió, hace incontables eones, la Cuna de la Civilización Aria. Pero un desastre se cernió sobre esos orgullosos hombres y esa tierra de promesas se volvió seca y estéril. Muchos murieron. Los que sobrevivieron se separaron e iniciaron una larga marcha a través del mundo. Algunos emigraron a Europa guiados por los sabios Wotan y Thor, otros se asentaron en el Cáucaso...

... Wotan es el Padre de muchos Dioses, aquel que se había colgado del árbol Yggdrasill, el mismo Dios que había quedado tuerto, al entregar un ojo a cambio de poder beber en la Fuente de la Sabiduría...

...Entretanto, los antiguos líderes de la Civilización Blanca descendieron debajo del Himalaya y se dividieron en dos facciones: unos crearon el Reino de Aghartha y los otros construyeron el Reino de Shamballa..."

"...Hemos hablado anteriormente de las alusiones hechas por todas las tradiciones a algo que se halla perdido o escondido, y que se representa bajo diversos símbolos; esto, cuando se toma en su sentido general, lo que concierne al conjunto de la humanidad terrena, se refiere precisamente a las condiciones del Kali- Yuga..."

"...El período actual es una fase de oscurantismo y de confusión; sus condiciones son tales que, en tanto que persistan, el conocimiento iniciático debe necesariamente quedar oculto, de ahí el carácter de «Misterios» de la Antigüedad llamada «histórica» (que no se remonta más que hasta el comienzo de este período) y de las organizaciones secretas de todos los pueblos; organizaciones que dan una iniciación efectiva allí donde subsiste aún una verdadera doctrina tradicional, pero que no ofrecen más que la sombra cuando el espíritu de la doctrina ha cesado de vivificar a los símbolos que no son más que la representación exterior y eso, porque, por razones diversas, todo lazo consciente con el centro espiritual del mundo ha acabado por romperse, lo que es el sentido más particular de la pérdida de la tradición, la que concierne especialmente a tal o cual centro secundario, dejando de estar en relación directa y efectiva con el centro supremo..."

"...Se debe pues, como lo decíamos anteriormente, hablar de algo que está oculto más que verdaderamente perdido, ya que no está escondido para todos y que algunos lo poseen aún íntegramente; y, si es así, otros tienen siempre la posibilidad de encontrarlo, ..."

"...En Europa, todo lazo establecido conscientemente con el centro por medio de organizaciones regulares está roto actualmente, y ello es así desde hace varios siglos; además, esta ruptura no se realizó de un solo golpe, sino en varias fases sucesivas..."

"...La primera de estas fases se remonta al comienzo del siglo XIV; lo que ya hemos dicho en otro lugar de las Órdenes de Caballería puede hacer comprender que uno de sus papeles principales era el de asegurar una comunicación entre Oriente y Occidente, comunicación de la que es posible comprender el verdadero alcance si se observa que el centro del que hablamos aquí siempre ha sido descrito, al menos en lo que concierne a los tiempos históricos, como situado al lado de Oriente..."

"...Sin embargo, después de la destrucción de la Orden del Temple, el Rosacrucianismo, o a lo que se debía dar este nombre por continuidad, siguió asegurando el mismo lazo, aunque de una manera más disimulada. El Renacimiento y la Reforma marcaron una nueva fase crítica, y, por último, según lo que parece indicar Saint-Ives, la ruptura completa habría

coincidió con los tratados de Westfalia, que en 1648 terminaron con la Guerra de los Treinta Años..."

"...Ahora bien, es notable que varios autores hayan afirmado precisamente que, poco después de la Guerra de los Treinta Años, los verdaderos Rosacruces hayan abandonado Europa para retirarse a Asia; y recordaremos, a propósito de esto, que los Adeptos Rosacruces eran doce, como los miembros del círculo más interno de Agartha, y en conformidad con la constitución común a tantos centros espirituales formados a imagen de este centro supremo..."

"...A partir de esta última época, el depósito del conocimiento iniciático efectivo no está guardado por ninguna organización occidental; también Swedenborg declara que es de ahora en adelante entre los sabios del Tíbet y de Tartaria donde hay que buscar la palabra perdida; y por su parte, Anna Caterina Emerich tiene la visión de un lugar misterioso que llama la «Montaña de los Profetas», y que la sitúa en las mismas regiones..."

"...Añadamos que fue de informaciones fragmentarias de donde pudo Mme. Blavatsky recoger noticias sobre este tema, sin comprender, por otro lado, verdaderamente el significado, de dónde nació en ella la idea de la Gran Logia Blanca, que nosotros podríamos llamar no ya una imagen, sino simplemente una caricatura o una parodia imaginaria de Agartha..."

CAPITULO XXV

El Fiat Duna prestaba su mejor servicio. Era un auto de ciudad, dijera lo que dijera la propaganda. Le gustaba el bullicio y los embotellamientos. Estaba preparado para estacionarse en el menor hueco. Lo suyo no eran los caminos polvorientos que bordeaban precipicios. Pero no se quejaba. Se limitaba a seguir adelante y hacer todo lo posible para que Leo Kovidoch y Roberto Achaval llegaran a Sauce Viejo en las mejores condiciones.

Mientras conducía, el médico pensaba que era un tanto infantil cuando le adjudicaba actitudes humanas a un auto. No tenía importancia. En todo caso, siempre lo había hecho y no iba a cambiar justamente ahora. Demasiados cambios había soportado como para pretender erradicar una vieja e inofensiva costumbre. ¿Qué mal podía hacerle? Necesitaba la familiar compañía de su auto, ahora que estaba manejando en medio de las sierras, rumbo a un lugar maldito y contando con el asesino de su mujer como única presencia humana. Lo tenía al lado, demacrado, enflaquecido y dormido.

Achaval tenía los ojos cerrados y respiraba acompasadamente, simulando dormir. No quería ver ni hablar a su acompañante. El coche marchaba en forma regular. Achaval aprovechaba para recordar...

Le mostraron la entrada a la gruta, un agujero de dos metros de diámetro, y el no necesitó ninguna otra indicación. Entró en ella con su botella de agua, su bolsa de cuero y su pedazo de carne seca. Se sentó en el suelo de roca y los saludó, con gravedad. Ellos alzaron las antorchas y luego, algunos se pusieron a tapiar la entrada de la cueva.

Amontonaron piedra tras piedra hasta cerrarla del todo. Entonces desapareció toda luz. Roberto Achaval pensó que el aire tendría que filtrarse por algún otro lugar, pero no estaba ahí para averiguarlo. Sacó el cuchillo y las maderas de la bolsa y se puso a tallar. Se quedó encerrado y a oscuras mucho tiempo. Después supo que fueron tres días.

Talló sus runas y cantó sus Cantos en soledad. También bebió de la botella hasta que se acabó, y luego sufrió la sed.

Igualmente, comió su carne y, cuando no hubo más, lo aferró el hambre.

Largó su mierda y su orín y convivió con su olor.

Durmió y despertó, sin otra compañía que la de algunas pequeñas y medianas cosas que se arrastraban y a veces lo tocaban, en medio de la total oscuridad.

No supo cuanto tiempo pasó tallando y cantando, hasta que vio a las Runas. Rojas y brillantes, flotaban a su alrededor. Luego vinieron las Guerreras y, por último, el Anciano.

Habló con él hasta quedarse dormido y, entonces, siguió soñando con las hazañas de los Dioses.

Cuando despertó, cortó las palmas de sus manos y bañó con su sangre las runas talladas. Sentía como las gotas de su vida caían al piso, una a una.

Estuvo así mucho tiempo, aferrado a sus preciosas maderas, uniéndose para siempre a sus runas, hasta que el ruido vino a molestarlo. Al principio no entendió, luego recordó quien era y vio a sus camaradas, mientras terminaban de sacar las piedras. Se incorporó con la mayor dignidad posible y, todavía aferrado a las runas, salió a Mundo. Alguien, separado del resto de sus camaradas, parecía esperarlo. Era un hombre alto, como 1,90, y de hombros anchos. Tenía ojos casi transparentes y una mandíbula cuadrada que contrastaba con la nariz, pequeña, casi femenina. Los demás lo observaban con veneración. El hombre extendió sus manos y Achaval supo que debía entregarle sus runas. Así lo hizo y los otros alzaron sus antorchas nueve veces.

Había terminado su Iniciación.

Roberto Achaval sintió el codazo y abrió los ojos, alarmado.

Miró a Kovidoch. El médico tenía los ojos fijos en el camino.

- Estamos llegando. - Le dijo.
- Sí. - Atinó a contestar.
- ¿Tiene idea de lo que vamos a hacer acá?
- Sí. - Repitió Achaval.
- Entonces es mejor que me lo cuente...
- Todavía no.

Kovidoch se encrespó.

- ¿Por qué no?
- No es el momento.

El médico detuvo el coche con un frenazo inclemente. Se volvió hacia el asesino con gesto resuelto.

- No estoy jugando. - Lo amenazó.

Achaval no modificó su expresión cansada.

- Yo tampoco. - Se limitó a decir.

Se miraron en silencio un buen rato. Finalmente, Kovidoch arrancó, tan brutalmente como había frenado.

Entraron en el pueblito, desierto a esa hora de la siesta e hicieron dos cuadras, hasta dar con una casa de aspecto pulcro. No tenía cartel, pero ambos sabían que era la pensión de Inga.

En Sauce Viejo hay solo dos lugares para pasar la noche: El Hotel y la Pensión.

El Hotel Splendid era una auténtica anomalía de treinta y cinco habitaciones distribuidas en tres plantas, en un pueblo que apenas llegaría a los doscientos habitantes. Fue construido en la década del cuarenta con un lujo y a un costo totalmente inapropiados para el lugar. Sin embargo, en los primeros tiempos recibió la visita de muchos viajeros procedentes de la Capital y también de extranjeros. Esta gente se quedaba de paso y luego partía para las Sierras. Ahora, "El Splendid" era una ruina que sobrevivía de milagro. A lo sumo, tendría cinco habitaciones en condiciones aceptables, generalmente desocupadas.

La pensión de Inga Krapellen era un lugar donde alguien se podía sentir a gusto. Los cuartos olían a madera y limpieza y la comida casera que servía la patrona, era una maravillosa combinación de sabrosos platos criollos y exquisiteces alemanas.

Tante Inga, como la conocían por ahí, era vieja desde hacía mucho tiempo. Seguía tan robusta como siempre y el largo pelo blanco continuaba trenzado de la misma manera. Los ojos, de un asombroso celeste grisáceo los reconocieron sin dudar. El pequeño Leo se estaba quedando pelado, pero no era ninguna sorpresa porque siempre tuvo un pelo frágil. El otro parecía enfermo, pero no estaba muy distinto de la última vez que lo había visto. Mas canoso y ajado, es cierto, pero nada más. Para los ojos de Inga, las personas nunca cambian, nunca dejan de ser lo que realmente son.

Achaval y Kovidoch se quedaron parados frente a la gringa, incómodos ante su escrutinio y sin saber que decir.

- Tiempo que no los veía. - Arrancó la vieja.
- Mucho...Tante. - Contestó el médico.

Inga lo premió con una sonrisa. Kovidoch, aliviado como un chico al que le acaban de perdonar una travesura, también sonrió.

- Guten Abend, Wie get es Ihnen, Frau Inga?- Saludó Achaval, en un murmullo.
- Gute, danke. - Fue la fría respuesta.

La vieja les dio una habitación con dos camas y se guardó sus preguntas para cuando fueran necesarias.

Inga estuvo a punto de casarse con el tío de Leo, hace como veinte años. Esteban Kovidoch y ella se habían quedado viudos casi al mismo tiempo. Los dos eran hoteleros y trabajadores. Los dos amaban las Sierras. Se conocieron en uno de los tantos viajes de Inga a Capilla del Monte. Se quisieron con afecto, pero sin pasión. Pensaron en casarse, más que nada para hacerse mutua compañía. Pero Inga no quiso dejar Sauce Viejo y la cosa quedó en una gran amistad. Más o menos para esa época conoció a Leo, que venía de Buenos Aires para ayudar al tío. Era un muchacho excelente, que con el tiempo se fue haciendo

más y más alegre. Un día, Leo le contó a Inga que estaba pensando en volver a Buenos Aires y retomar los estudios de Medicina. Después pasaron cosas y el muchacho apuró la partida. Se fue de un día para otro. Inga sintió una mezcla de alegría y tristeza ante su ida.

Al otro también lo conoció por esos mismos días. Siempre estaba acompañado por un grupo de muchachones de su misma edad. Todos vivían en plena sierra, en una propiedad conocida como Los Álamos. Cuando venían al pueblo a comprar cosas siempre andaban en patota, educados pero arrogantes. Hablaban lo mínimo indispensable. Este, Roberto, era el único que, a veces, le dirigía unas palabras en alemán.

A la vieja no le caían bien. Era como que le traían malos recuerdos. Un buen día dejaron de venir al pueblo. Después se supo que Los Álamos había quedado desocupada. Más tarde, vino un viejo a cuidar la propiedad y después se dijo que el lugar había sido vendido.

La alemana sintió que era hora de hacerse unos mates. Cabizbaja, enfiló para la cocina. "Me estoy haciendo demasiado vieja, pensó".

Años atrás se le había ocurrido que, cuando se sintiera tan vieja que ya no creyera que podía seguir cuidándose sola, se iría a la sierra. Ahí buscaría un lindo árbol y se sentaría a esperar la muerte bajo su sombra. No quería ser una carga para nadie. En realidad, no tenía a nadie en quien cargarse.

Apuró el primer mate para sacarse esa idea de encima.

CAPITULO XXVI

Llovía y, eso solo, era todo un detalle de su mala suerte. Era la primera lluvia en dos meses. Los había estado esperando, burlona, y ahora caía en torrentes.

Dejaron el auto a un costado del camino y siguieron a pie, embarrándose prolijamente. Achaval iba adelante, pertrechado con una respetable bolsa que colgaba de su hombro. Ni se preocupaba por protegerse del agua. No parecía sentirla.

Kovidoch, en cambio, sufría en silencio. Odiaba mojarse, odiaba chapalear en el barro y más que nada, odiaba estar en ese lugar y a esa hora de la noche.

Estaban llegando a Los Álamos, donde se suponía se hallaba un misterioso personaje conocido por Achaval como el Señor. Según Achaval, este Señor era el culpable de todo. El médico estaba muy poco dispuesto a creerle. ¿Qué tenía que hacer en ese lugar?, ¿Por qué tenía que revolver en una mierda que él pensaba sepultada hacía años?

Sacudió la cabeza, lanzando gotas por todas partes. Pensó que un hombre tiene que hacer ciertas cosas, sobretodo después de conocer y atender al asesino de su mujer. Uno no se enfrenta con un homicida y se limita a encogerse de hombros. Ya que no se le permitió matarlo, por lo menos tenía que llegar al fondo del asunto. No podía dejarlo ir sin más ni más.

Tan perdido estaba Kovidoch en sus pensamientos, que terminó chocándose con la espalda de Achaval. Este no pareció notar el golpe, porque permaneció inmóvil, sin voltear la cara siquiera.

Tras unos instantes, Achaval retomó la marcha. A duras penas se abrieron paso por entre unos pinos y por fin tuvieron ante sí al viejo caserón.

Era una construcción de estilo indefinido. Grande y achaparrada, en cierto sentido recordaba a un sapo, con una boca que hacía de puerta y dos grandes ventanas redondas en cada extremo del primer piso. No se veía una luz, ni el menor indicio de vida.

Achaval volvió a inmovilizarse y tras unos minutos, dijo:

- No hay nadie. -
- Así parece. -
- No, - Insistió. - Estoy seguro. -
- ¿Cómo puede saberlo?

Achaval agitó una mano, cansado.

- Lo sé...eso es todo. No hay señales de personas ni de protecciones. Está vacío por completo. -

Kovidoch no podía aceptar tanta lluvia para nada:

- O sea que vinimos al reverendo pedo...-

Achaval, suspiró. Su nivel de hartazgo estaba llegando a cotas extremadamente altas.

- No, - Empezó a explicar. - vinimos para una ceremonia.

Kovidoch se sintió tentado a preguntar, "¿y donde están los novios?", pero se quedó callado. Toda esta locura lo superaba y hacía que dijera y pensara tonterías, solo para relajarse.

Achaval echó a andar directo hacía la puerta, sin tomar ninguna precaución. Avanzaba decidido, escoltado por un Kovidoch receloso y cada vez más convencido de que todo esto era el error más grande de su vida.

Entraron sin demasiadas dificultades. Achaval no parecía tener problemas en reventar puertas. Para eso se sirvió de una barreta que extrajo de su bolsa. Ya en un pasillo, entró en acción un potente sol de noche que también emergió de la bolsa mágica. Achaval no necesitaba planos para saber adonde ir. Caminaron por el angosto pasillo, luego torcieron a la derecha para transitar otro pasillo y pronto dieron con una escalera que bajaba a una

especie de sótano. Una vez allí, se encontraron con un lugar de unos seis metros por lado, completamente vacío.

En el suelo, haciendo eje con el centro de la habitación, se había dibujado un círculo de dos metros de diámetro. Dentro de él, se veía una estrella de cinco puntas, cada una de las cuales estaba conectada al círculo. Toda la estrella estaba cubierta con símbolos que a Kovidoch no le decían nada. Para Achaval, en cambio, eran tan naturales como el abecedario.

Roberto Achaval penetró en el círculo. Kovidoch quiso hacer lo mismo, pero el otro se lo impidió con un gesto de la mano. El médico estaba tan cansado de preguntar y recibir respuestas incomprensibles que optó por obedecer en silencio.

Achaval se arrodilló en el centro del círculo y permaneció un momento con la cabeza agachada. Luego comenzó con lo que a Kovidoch le pareció un rezo. Después sacó de su bolsa una varilla de madera, la tomó ente sus manos y la escupió. Hecho esto, la depositó con delicadeza en el centro mismo de círculo. Para terminar, el oficiante se incorporó y gritó:

- EL PODER Y LA GLORIA PARA HEL, YO TE VENERO.

Achaval siguió modulando la última letra por un buen rato, como si fuera un mantra. Después repitió la frase ocho veces más.

A esta altura, Kovidoch ni se preocupaba por entender. Solo quería que todo terminara pronto.

Cuando Achaval hubo concluido, se puso la bolsa al hombro y emprendió la vuelta sin más preámbulos. Kovidoch lo siguió, pensando que podría preguntar por qué carajo, ya que estaban ahí, no inspeccionaban más el lugar.

Una vez fuera de la casa, Achaval se ubicó a unos diez metros de esta. Sacó de su bolsa un palo de madera de unos cincuenta centímetros. Hundió el palo en el barro, hasta la mitad, cuidando que la parte saliente apuntará hacia la casa. Mientras hacía esto, repetía, en voz alta, tres palabras: "THORN, IS, HEL".

Cuando terminó, retrocedió unos pasos y, con los brazos cruzados sobre su pecho, se quedó bajo la lluvia contemplando la casa.

"¿Y ahora, que?", pensaba Kovidoch.

El médico estaba empezando a hartarse de todo esto cuando, repentinamente, hubiera jurado que tres rayos azulados descendieron de las nubes y se abatieron sobre la casa. No tuvo tiempo de hacerlo porque, a continuación, una formidable explosión lo desparramó en el barro.

Cuando al fin se atrevió a abrir los ojos, vio que Achaval aún continuaba en pie, en la misma posición que antes. El hombre observaba fascinado como la casa ardía, en medio de altas llamas azules, hasta consumirse por completo.

El médico, también irresistiblemente atraído por el fuego y la destrucción, se incorporó y se unió a su enemigo.

Los dos hombres contemplaron el desastre por largas horas, bajo una lluvia cada vez más intensa. Cuando no quedaron vestigios de la casa, las llamas azules se extinguieron por completo. Finalmente, Achaval pareció recordar a su compañero. Casi sin volver la cara, le dijo:

- El mensaje ya está mandado.

CAPITULO XXVII

(FRAGMENTOS DEL "CUADERNO DE GOTAN")

...Agosto de 1978.

A dos cuadras nomás de la Plaza San Martín, en Capilla del Monte, se situaba el "Hotel de las Sierras", propiedad de Esteban Kovidoch.

Kovidoch, un hombre de cincuenta y cinco años en ese entonces, había quedado viudo un lustro atrás. Manejaba el hotel con la ayuda de su sobrino, Leo, un joven que había llegado a las sierras después de haber pasado un tiempo en un instituto neuropsiquiátrico, luego de haber abandonado sus estudios de medicina.

Al principio, Esteban se encontraba preocupado por la salud mental del muchacho. Recordando viejas historias de locos furiosos, esperaba de un momento a otro síntomas peligrosos por parte de su sobrino. Al poco tiempo se dio cuenta que el hospital o la Naturaleza habían hecho un buen trabajo.

En cuanto a las tareas en el hotel, no podía decirse que Esteban o Leo anduvieran muy ocupados. Los turistas escaseaban por esos días.

Así que, cuando esa mañana ingresó un viajero a la recepción del negocio, los dos Kovidoch compusieron su mejor cara de amabilidad y sacaron a relucir sus dentaduras, en falsas sonrisas de bienvenida.

El cliente potencial era un hombre medianamente alto y delgado, con pelo rojizo enrulado y gruesos anteojos de carey negro. Parecía tener unos cuarenta años y mostraba a quien quisiera verlo un típico aire de intelectual.

El recién llegado, por desgracia, estaba buscando una estancia o campo llamado Los Álamos, situado a unos quince kilómetros, para el lado del Dique los Alazanes.

Pese a todas sus necesidades, Esteban Kovidoch era un hombre honesto, así que le dijo como llegar a ese lugar y le recomendó que, de no poder hacer noche en Los Álamos, se fuera a la pensión de Inga, situada en Sauce Viejo, que es el pueblo más cercano. El viajero agradeció el dato y les pidió una habitación, porque de todas formas se iba a quedar dos o tres días en Capilla del Monte. La felicidad volvió a la cara de los Kovidoch y estos se apresuraron a atender de la mejor manera a su, por ese entonces, único cliente.

El huésped dijo llamarse Jacobo Wainstein.

Pronto, Jacobo y Leo hicieron amistad.

Wainstein era profesor de filosofía y tenía esa forma de hablar y actuar que suele agradar a la gente joven. De carácter vivaz, el profesor entraba y salía del hotel, siempre de excelente humor y cada vez más entusiasmado por algo al parecer muy interesante, pero que escapaba del conocimiento de los Kovidoch quienes, entretanto, rogaban por más turistas.

Cuando se fue de Capilla del Monte, Wainstein le dijo a Leo que lo fuera a visitar a Sauce Viejo, porque pensaba quedarse por allí un tiempo. Como una semana después, el joven Kovidoch aprovechó un día que tenía que ir a ese pueblo por un encargo de su tío y fue a visitarlo.

Llegó a lo de Inga y se sorprendió de que esta lo recibiera auténticamente alarmada.

La mujer estaba preocupada por el cliente que le habían mandado. Le dijo a Leo que ese hombre tenía que estar enfermo porque cada día se veía peor. Leo no supo que contestar. En Capilla del Monte, Wainstein se había mostrado como un hombre perfectamente sano. En realidad, como suele decirse vulgarmente, "vendía salud".

Inga comentó que el profesor no se encontraba en la pensión en ese momento, pero que no tardaría en regresar. Añadió que todos los días Wainstein salía para el lado de las sierras, pero que siempre volvía más o menos para la misma hora.

Cuando lo vio aparecer, Kovidoch no pudo menos que palidecer.

El profesor, en tan solo una semana, había adelgazado como diez kilos, lo que en un hombre de por sí flaco, como él, lo convertía en una persona casi consumida. Los pómulos sobresalían por debajo de los ojos hundidos y la nariz parecía más larga y ganchuda. No se había afeitado en varios días, probablemente desde su llegada a la pensión. La barba roja y desprolija le daba un aspecto aún más miserable.

Wainstein se sorprendió de ver a Leo pero, pese a todo, pareció alegrarse. Le dijo al muchacho que subieran a la habitación, para así hablar más tranquilos. Una vez allí, Wainstein se desparramó en la cama y con eso confirmó totalmente la impresión de ser un hombre totalmente acabado.

Leo no se anduvo con rodeos. No era ese su carácter y, por otro lado, su vocación por la medicina lo impulsaba naturalmente a preocuparse por la salud de los demás.

Wainstein, por su parte, quería hablar, pero, al mismo tiempo, dudaba en hacerlo. Solo contó lo que contó porque estaba realmente agotado y necesitaba compartir sus problemas con alguien.

La historia que le narró a Kovidoch explicaba el motivo de su viaje a Sauce Viejo y la razón de su desesperación:

Jacobo Wainstein había nacido en el seno de una familia judía austríaca. Su padre, Isaac, escapó de Austria en 1936, a poco de producida la anexión de ese país por parte de la Alemania de Hitler. Luego de vivir un tiempo en Francia, Isaac logró embarcarse con su familia rumbo a América del Sur. Llegó al puerto de Buenos Aires y de ahí, sin pasar un día en la ciudad, viajó con los suyos hacia una colonia judía afincada en la provincia de Entre Ríos, donde tenía familiares que podrían ayudarlo.

Pero la agricultura no era para Isaac, así que dos años más tarde, en 1941, se fue para el Gran Buenos Aires y se estableció en la ciudad de Avellaneda. Para ese entonces, Jacobo contaba solo con cuatro años y estaba muy lejos de imaginar cual sería su futuro.

El chico creció en una familia de librepensadores, pues ni Isaac ni su mujer, Hebe, cultivaban ortodoxia alguna. De hecho, Jacobo fue a colegios del Estado y se relacionó con chicos de todas las religiones. Tampoco le pusieron trabas en cuanto a sus preferencias

intelectuales. Desde siempre, estuvo muy claro que Jacobo no quería ser comerciante, como su padre, sino que lo suyo se inclinaba para el lado del estudio y de los temas relacionados con las ciencias sociales y humanas. Le apasionaba la historia, la sociología y la psicología, pero pronto descubrió su absoluta fascinación por todo aquello que fuera fantástico, misterioso e inexplicado. Lo paranormal y lo esotérico eran temas que poco a poco fueron convirtiéndose en una obsesión.

Sin embargo, otro tema ocupaba el primer lugar en las obsesiones de Jacobo: el Nazismo.

Desde muy pequeño había oído contar historias sobre la maldad nazi, sobre como sus padres habían tenido que emigrar de Austria y sobre las atrocidades que Hitler había ocasionado al pueblo judío. Lógico fue que, cuando tuvo la menor oportunidad, Jacobo devorara cuanta literatura consiguió al respecto.

Sin embargo, cuanto más estudiaba el fenómeno del nazismo, menos lo comprendía: ¿Quién era o, mejor dicho, que era Adolfo Hitler? ¿Cómo pudo ser que un simple y frustrado estudiante de arquitectura, que se malganaba la vida como pintor de carteles publicitarios en la Viena Imperial de principios de siglo, un hombre que ni siquiera era alemán y que carecía de dinero y contactos, se transformará en pocos años en el líder absoluto y despótico de una de las naciones más cultas e industrializadas de Europa?

Jacobo no podía entenderlo. La común historia de que Hitler era un loco rematado, rodeado por un grupo de dementes, psicópatas y vulgares criminales no le cerraba.

Ningún loco de remate llega al poder de una nación como Alemania. Tenía que existir algo más.

Algo tenía que guiar la fanática convicción de ese hombre. Algo tenía que posibilitarle su pasmoso dominio sobre las masas. No podía tratarse de simple actuación. Había algo auténticamente Maligno en ese hombre, algo que iba más allá de la maldad "común" que todos los días infecta la vida.

Como judío, Wainstein consideraba que tenía la obligación de conocer al enemigo en profundidad.

Cuando Wainstein se topó con el llamado nazismo esotérico, supo, como si Dios hubiera bajado a decírselo personalmente, que por fin había encontrado la esquiua punta del ovillo que lo conduciría hacia la verdad.

Como casi siempre ocurre con los grandes descubrimientos que les cambian la vida a las personas, su conexión con el nazismo esotérico fue obra de una aparente casualidad.

Jacobo tenía dieciocho años cuando un primo suyo, residente en Entre Ríos, le envió una carta pidiéndole que le averiguara el nombre y la dirección de una editorial que por ese entonces publicaba una colección de libros en la que él estaba interesado. Jacobo no tenía la menor idea al respecto, así que se puso a recorrer las librerías de las que era habitué, con la esperanza de dar con algún libro de esa editorial. En eso estaba, sin haber obtenido ningún resultado cuando sus ojos se toparon con un libro titulado "Agarhi & Shamballat (The Unknown NationalSocialism)". Estaba en una mesa de libros usados y parecía evidente que había sido adquirido como parte de un lote.

Impulsivamente, Jacobo lo compró, dejando al librero muy contento por haberse sacado ese clavo de encima.

El libro, íntegramente escrito en inglés, había sido editado en 1941, curiosamente en Alemania, por una casa llamada Verlag Rasse GmbH (Editorial Raza S.R.L.). Su autor era un tal Blackman, probablemente un seudónimo, quien en el prologo contaba que era un inglés radicado en Alemania desde 1933, cuando emigró de su país para unirse a la, según sus palabras, "Revolución encarnada por el Führer Adolf Hitler". El libro parecía ser editado para su difusión en el extranjero.

Años después, con ocasión de un viaje a Alemania, Jacobo había comprobado que la Verlag Rasse GmbH nunca había existido o, por lo menos, no se conservaban registros ni ninguna publicación atribuida a dicha editorial.

La hipótesis de Jacobo es que, tanto la editorial como el supuesto autor, habían sido una invención de las SS con finalidad de propaganda. Toda la edición debe de haber circulado más o menos clandestinamente por Europa y el resto del mundo durante y después de la guerra.

Los conocimientos de Jacobo respecto del idioma inglés no eran particularmente brillantes, pero lo extraño de la historia que se narraba en el libro que ahora tenía en sus manos, hizo que estos mejoraran notablemente.

El supuesto autor comenzaba contando un resumen de la historia y caída de la Raza Aria. Decía que había tenido su origen en Asia Central, donde los arios desarrollaron una Civilización extremadamente elevada y poderosa, como grupo dominante de otras razas biológicamente inferiores, que actuaban como sus servidores. Estos arios, sobretodo la elite gobernante, habían alcanzado un altísimo dominio de las fuerzas o energías que regulan la Tierra y el Cosmos. Usaban las fuerzas de la naturaleza a su conveniencia.

Hace aproximadamente seis mil años, una catástrofe natural destruyó esa civilización. Los sobrevivientes se dispersaron. Algunos se establecieron en el norte de Europa. La elite gobernante, sin embargo, se recluyó bajo las montañas de la cadena del Himalaya.

Allí crearon los reinos subterráneos de Agarthi y Shamballat. Desde allí, sin embargo, siguieron ejerciendo influencia en los sucesos del mundo de la superficie. A lo largo de los siglos, un variado grupo de iniciados, integrantes de logias y sociedades secretas, había seguido manteniendo el contacto con los seres intraterrenos de Agarthi y Shamballat.

Según antiguas leyendas, la elite que decidió recluirse en las entrañas del Himalaya, creó los reinos independientes de Agarthi y Shamballat debido a disensiones entre los miembros de dicha elite, disensiones que terminaron generando dos bandos o facciones rivales que optaron por separarse y construir dos ciudades subterráneas distintas.

Algunas de estas leyendas, sostienen que Agarthi es el Reino del Bien, cuyo soberano es el Rey del mundo, mientras que Shamballat es el Reino del Mal, regido por el Rey del Miedo y de la Violencia. Otras leyendas dicen exactamente lo contrario. También están los que opinan que ambos Reinos no están ubicados en las entrañas de ninguna montaña, sino que existen en otra dimensión. Lo cierto es que, a través de los siglos se han encontrado un gran número de "entradas" o puertas a Agarthi y Shamballat. Muchos iniciados y estudiosos buscaron alcanzar estos lugares. Algunos lo hacían con fines meramente espirituales. Otros perseguían el enorme poder que los intraterrenos poseían.

Ese poder era el dominio de la Fuerza que rige al Cosmos.

Esta Fuerza era conocida por muchos iniciados con el nombre de Vril.

Aún desde antes de la existencia del Nacionalsocialismo, seguía diciendo el libro, Hitler había comprendido que el más grave daño ocasionado por el judaísmo a la raza aria había sido la destrucción de su Espíritu Heroico y su conversión en un rebaño cobarde, materialista y masificado. Las armas del judaísmo habían sido la democracia, el capitalismo y el marxismo. Tanto las democracias capitalistas como el comunismo habían convertido al hombre en un miserable animal sin alma, un animal domesticado y dirigido a ocupaciones rutinarias y a una vida sin otro sentido que el de trabajar y comprar y vender cosas. El ser humano había ido perdiendo progresivamente su Humanidad, convirtiéndose en una mera pieza dentro de la aceitada maquinaria de la sociedad consumista y materialista. Ante esto, Hitler asumió como propia la tarea de lograr el Renacimiento de la Humanidad Aria.

Para ello, Hitler estableció una alianza esotérica con uno de los dos reinos, destinado a lograr su ayuda para la terrible y grandiosa tarea que había emprendido: La Mutación Cósmica, es decir, el Renacimiento del Hombre Ario y su evolución a un estadio superior de la existencia en la que los arios, análogos a Dioses, se sustrajeran de los absurdos y decadentes límites de la moral judeocristiana. Esta Mutación debía ser acompañada con una purga y eliminación del bacilo que estaba infectando el planeta: el judaísmo.

Este era, a grandes rasgos, el tenor del libro, si se eliminan incontables repeticiones.

Cuando acabó de leerlo, Jacobo sintió un autentico torbellino revolviendo su cabeza.

Por un lado era un absurdo y, por otro lado, algo dentro suyo le decía que todo esto, por disparatado que sonara, era real. El nazismo, ahora tenía palabras para decirlo, siempre le había parecido una Religión Démoniaca, algo mucho más complejo que un partido político. Esta religión tenía sus Dioses, su Profeta, sus sacerdotes, sus adeptos, sus feligreses y su altar para los Sacrificios.

Desde ese momento, la vida de Jacobo Wainstein cambió. Al lado de sus rutinarias labores docentes, se dedicó de lleno a investigar "la pista esotérica". Con los años logró reunir información que corroboraba los dichos del libro. Descubrió que, a pesar del fin de la guerra, el nazismo esotérico seguía vivo y gozando de buena salud. Le asombró comprobar la vitalidad que tenía en la República Argentina.

No menor fue su asombró cuando supo que el nazismo no las tenía todas consigo. Ese descubrimiento fue otra aparente casualidad.

La angustia que producía en Jacobo el poder aún vigente del nazismo, unida a su pasión por lo esotérico, se conjugaron en el espíritu del profesor de una singular manera.

Decidió estudiar la Cábala, el corpus metafísico y esotérico del judaísmo. Sentía que necesitaba regresar a las raíces sagradas de sus ancestros para sentirse de algún modo protegido contra el esoterismo nazi. Luego de empezar por su cuenta, Wainstein terminó estudiando Cábala cinco años con un rabino de quien no quiso dar más detalles. Luego de ese lapso, el rabino lo introdujo, una memorable noche, en un círculo de iniciados.

Este Círculo, cuyo nombre Wainstein se reservó para sí, tenía como misión sagrada combatir con sus propias armas al nazismo esotérico.

A partir de ese momento, esa fue la tarea a la que consagró su vida. Era un combatiente, en medio de una guerra mística, una diaria batalla contra el Mal, que transcurría sin que el resto de la sociedad se enterara. Por eso, Jacobo Wainstein se encontraba en ese lugar y en tan lamentable estado.

Leo nunca había oído algo tan extraño y al principio no supo que decir. Por empezar, le parecía el relato de un loco, pero no era algo para decirle a Wainstein en ese momento.

Verdad o delirio, lo único cierto era que Jacobo había sufrido un tremendo deterioro físico en tan solo una semana.

Kovidoch quería ayudar al pobre hombre, pero no veía como...

CAPITULO XXVIII

-...No veía como ayudarlo, así que hice que me siguiera contando la historia...-

Después del incendio de "Los Álamos", Leo Kovidoch necesitaba hablar. Con quien fuera. Achaval le resultó oportuno.

Antes de volver a la pensión, Kovidoch insistió en detenerse en un boliche del pueblo y comprar un porrón de ginebra. Quería quemarse por dentro y, de momento, no se le ocurría nada más efectivo. Detestaba la ginebra. Ya en la habitación, tomó un largo trago, directo de la botella, y empezó a hablar. No le importaba si Achaval escuchaba o no.

Este, por su parte, se tiró en su cama y cerró los ojos. No parecía prestar atención hasta que, al poco rato, abrió los ojos y permaneció en silencio.

A medida que Kovidoch avanzaba en el relato, Achaval empezó a agitarse más y más, hasta que terminó incorporándose de un salto.

Al ver al otro saltar de la cama y quedarse mirándolo con la fijeza de un fanático, Kovidoch se cortó en seco, mudo y con la boca abierta.

- Siga. - Cuasi ordenó Achaval.

A su pesar, Kovidoch se estremeció.

- Bueno... le dije a Wainstein que me siguiera contando la historia. Según él, había una sociedad secreta, la Sociedad Armanen...

- ¿En que año fue esto? - Interrumpió Achaval.

- 1978.

Achaval no dijo nada, pero su rostro se ensombreció aún más.

- Siga. - Insistió.

- Bueno, parece que esta Sociedad Armanen estaba compuesta por un grupo de nazis que intentaba de algún modo restablecer la alianza con los poderes de los reinos subterráneos. Esta gente tenía su base de operaciones ahí, en Los Álamos. El grupo al que pertenecía Wainstein lo había designado para que fuera allí a investigar... ¿de qué se ríe?

En efecto, Achaval reía en silencio. Tardó un largo momento en calmarse y contestar.

- Me río por la simplificación...Armanen no era un grupo de nazis...mejor dicho, era mucho más que eso. Armanen buscaba la Mutación Cósmica y se basaba en la mitología nórdica y la sabiduría rúnica...

- ¿La qué? -

Achaval miró al médico fijamente, como sin comprender. Luego contestó:

- ¿Usted no sabe nada de todo esto, ¿verdad? -

- En todo caso, casi nada. - Admitió el otro.

- ¿Y por qué se metió en todo este asunto?

Kovidoch pareció buscar una respuesta.

- Supongo que lo hice por ayudar a un hombre en problemas.

- ¿Solo por ayudar a un tipo que casi no conocía se metió en este lío?

El médico consideró la pregunta.

- No, - Respondió. - supongo que quería vengarme.

Achaval pareció desconcertado.

- Pero, ¿usted, sabía o no sabía que esa gente era la misma que había matado a su mujer?

La mirada, súbitamente feroz, de Kovidoch, hizo arrepentir a Achaval de sus palabras. Leo luchó por contenerse y buscar la frase adecuada.

- Aclaremos algo, - repuso, cortante. - a mi mujer no la mataron "los" nazis. A mi mujer la mató usted.

Achaval agachó la cabeza, avergonzado, e hizo un gesto vago con las manos, como si quisiera ahuyentar algo.

- Está bien, tiene razón. Lo que quise preguntar es si usted sabía que el grupo en el que estaba el...asesino de su mujer, era el mismo que después estaba en Los Álamos.
- No, no lo sabía.

Achaval lo miró, interrogativo.

- No lo sabía, - siguió el médico. - pero Wainstein me dijo que eran nazis y eso me bastaba...quería matar y no tenía a quien. Ahora tenía la posibilidad.
- Entiendo.
- No, no entiende, pero no importa, dejémoslo ahí... ¿Qué es eso de la sabiduría rúnica?

Achaval se lo pensó un momento.

- ¿Qué creé que paso hace un rato, en esa casa? - preguntó.
- Kovidoch se acordó de la ginebra y tomó otro fuerte trago antes de hablar.
- No lo sé. - Dijo. - quiero decir, usted puso una madera dentro de la casa, clavó un palo fuera de la casa, rezó o cantó o algo por el estilo, después cayeron unos rayos y luego explotó todo...supongo que fue un ritual, pero no sé que fue... ¿a eso le dice sabiduría rúnica?

Achaval esbozó una débil sonrisa.

- Digamos que es una aplicación practica...las runas son un instrumento...son como las teclas de un teléfono. Cuando uno quiere llamar a una persona, para pedirle algo, marca determinados números y se comunica con esa persona y le hace el pedido. Acá es parecido. Cuando uno quiere lograr determinados resultados, utiliza determinadas runas y...hace el pedido.

Kovidoch se mostró incrédulo.

- ¿Así, tan fácil?

Achaval sacudió la cabeza.

- No, no es tan fácil...lleva años aprender..."los números telefónicos" y el pedido no siempre es respondido.
- Como sea, - Dijo el médico. - ¿Qué pasa con Armanen?
- En esa época, en 1978, Armanen estaba dedicada simultáneamente a dos actividades. Bueno, como siempre...quiero decir, Armanen siempre busco un objetivo, digamos

esotérico, que es la Mutación cósmica, el Renacimiento del Hombre Verdadero y, por otro lado, siempre mantuvo otro objetivo, llamémoslo exotérico, que era influir en la política argentina. Primero nos metimos en el peronismo. Éramos un grupito muy activo llamado Guardia Peronista Nacional, allá por mediados de sesenta. Después que ganó el peronismo, nos juntamos con otra gente y formamos la Alianza Anticomunista Argentina, la triple A. Cuando vino el Proceso, pasamos a ser un grupo de tareas que dependía operativamente de un sector de la Marina. Siempre actuamos en dos planos: si había que demostrar fuerza, estábamos preparados para combatir a mano limpia, o con ametralladoras, o con granadas o con lanzacohetes, o con lo que fuera. - A su pesar, el hombre parecía no poder desprenderse de cierto gastado orgullo por lo que contaba. Continuó: - Para las cosas más importantes usábamos el conocimiento Ancestral...-

- ¿Los números telefónicos? - interrumpió el médico.

- Sí, eso. -

Kovidoch consideró la situación. Su rostro se endureció.

- Es decir que, cuando terminó matando a mi mujer, se trataba de una cosa sin importancia, una simple demostración de fuerza.

Achaval volvió a agachar la cabeza y asintió débilmente.

Los dos hombres permanecieron sin hablar un largo rato.

Finalmente, Achaval rompió el silencio.

- ¿Le dijo Wainstein porque había ido ahí?

Kovidoch salió de su ensimismamiento.

- Se lo acabo de decir. - respondió. - Vino para investigar a la Sociedad Armanen.

- Sí, esta bien, lo que le pregunto es: ¿Le contó Wainstein porque tuvo que venir hasta acá para investigar?

- No lo entiendo.

- El Círculo al que pertenecía Wainstein, - Explicó Achaval. - era un grupo similar a Armanen, pero, para decirlo fácilmente, de signo contrario. Buscaban destruirnos y también buscaban el Poder y tenían parecidas herramientas...solo que, en vez de runas, se servían de la Cábala. - Por primera vez, el hombre sonrió genuinamente divertido. - Ahí, en la Cábala, están los números telefónicos que usan los místicos judíos...al final, es todo muy

parecido. Ellos tienen sus runas, solo que le dicen sefirot. Ellos tienen su árbol sefirótico, que los conecta con todos los planos del Universo y de Dios, y nosotros tenemos nuestro árbol, el Yggdrasill, que vincula a los Nueve Mundos de que se compone el Todo. Ellos dicen que nosotros somos el Mal y nosotros contestamos que ellos son el bacilo planetario que infecta a la Humanidad...

- Está bien, - Interrumpió Kovidoch. - ¿Adónde quiere llegar? -
- Sí, está bien...lo que quiero decirle es que el grupo de Wainstein tenía posibilidades de investigar un lugar a distancia, como hacíamos nosotros. Es una visualización. Nosotros le decíamos "enfocarse" en algo.
- ¿Algo como ver con la mente? - Quiso saber Kovidoch.
- Algo así. - Concedió Achaval.
- ¿Y por que no se enfocaron sobre Los Álamos, en vez de mandar a Wainstein? -
Replicó el médico.

- Eso es lo que le pregunto. - Insistió Achaval.
- No lo sé.
- Me lo imaginaba.
- ¿Qué quiere decir? - Preguntó Kovidoch.

Antes de contestar, Achaval pareció tomar aire.

- Lo que quiero decirle, es que Wainstein le mintió, o por lo menos le omitió información, cuando le contó lo que le contó. Era un tipo muy astuto, a pesar de encontrarse en grandes problemas. Vio que usted podía resultarle útil y lo usó como un aliado. Si le hubiera dicho toda la verdad, usted habría salido corriendo.
- ¿Por qué?
- Porque el grupo de Wainstein no se había podido enfocar sobre nosotros debido a la protección mística que habíamos armado. Los Álamos, en esa época, era una fortaleza, desde el punto de vista de las defensas rúnicas. Tuvieron que arriesgarse a mandar a alguien en persona porque no podían investigarnos de otra manera y solo este dato les daba una idea de nuestro poder. Wainstein era un mago cabalista muy poderoso en ese entonces y llegó a ser mucho más poderoso después. Pero a pesar de todas sus artes, fue detectado apenas llegó a Capilla del Monte. Fue seguido en su viaje aquí, a Sauce Viejo y luego fue atacado y atormentado, cada vez que intentó acercarse a Los Álamos, solo que supo defenderse muy bien. -
- ¿De qué manera? -

- ¿Cómo? -
- ¿De qué manera fue atacado y atormentado? -
- Ya sé va a dar cuenta. -
- ¿Por qué?

Achaval volvió a inspirar profundamente.

- ¿Para qué creé que destruimos Los Álamos? - Preguntó.
- Usted dijo que para mandar un mensaje.

Achaval asintió con un breve movimiento de la cabeza.

- Correcto. - Continuó. - Ahora está por llegarnos la respuesta.

CAPITULO XXIX

Por distintos motivos, Achaval y Kovidoch pasaron la noche en vela.

El primero no quería dormir. El otro, a pesar de estar semiborracho, no podía dormir.

La cabeza le daba vueltas y vueltas a Leo Kovidoch. Las imágenes desenfocadas parecían burlarse de su miedo: Marisa sonriendo y muriendo, alternativamente; Wainstein asustado y pidiéndole ayuda. El joven Leo, corriendo a auxiliar a Marisa y a Jacobo...y fracasando.

Pero era falso. Era mentira lo que decían esas imágenes que habían venido para burlarse de él.

Era todo mentira, porque Marisa no tuvo tiempo ni de gritar, antes que la mataran; y Jacobo desapareció de su vida a la mañana siguiente en que le contó su historia. También se fueron los que habitaban en Los Álamos, todos juntos y sin dejar señas.

Algo le dijo al joven Leo que había llegado el momento de volver a la Capital Federal y entonces se despidió de su tío y se marchó. Era mentira que hubiera intentado alguna venganza. Era mentira que haya ayudado a alguien. Lo único que él hizo fue salir corriendo cuando los demás ya habían salido corriendo. Eso es lo que hizo, además de tratar de olvidar el asunto todos estos años.

Esa y no otra era la verdad.

Así que las imágenes podían dar vueltas y vueltas, pero él no les prestaría atención.

Achaval vigilaba y se preguntaba por donde vendría el ataque.

Pese a todo, se sentía en paz. Podía morir, si era necesario. Tal vez hasta fuese lo mejor.

La visita a Los Álamos le había dado la prueba definitiva de la debilidad de su enemigo y la explicación de todo lo ocurrido.

Esperaba el combate final, sin importarle lo que pudiera ocurrir.

Llovía débilmente cuando amaneció. Roberto Achaval abrió la ventana para respirar un poco de aire nuevo. Kovidoch, tirado en su cama, contemplaba el techo con ojos vidriosos.

La calle estaba desierta a esa hora temprana. Achaval pensó que necesitaba una afeitada. No se sorprendió por lo absurdo de pensar una cosa así en un momento como ese, solo pensó que necesitaba afeitarse. Se sentía sucio con esa barba de dos días que le cosquilleaba la cara.

Fue al baño y sacó sus instrumentos. Detestaba las maquinas de afeitar eléctricas. Siempre se había sacado la barba con hoja o navaja. Mientras pasaba la brocha por sus mejillas, Achaval sostuvo un monologo interno donde se convencía, como si fuera necesario, de las bondades de la afeitada tradicional. No usaba crema de afeitar, solo jabón para dar la espuma. Una vez que tuvo la cara embadurnada a su gusto, llegó el momento de una delicada consideración: ¿Gillette o navaja?

Navaja, se contestó.

Leo Kovidoch llegó a la conclusión de que debía ir a orinar. Le costó entender el significado de esa molestia que sentía ahí abajo, tan absorto estaba mirando el techo. Le interesaba, sobre todo, una rayita como de veinte centímetros que corría en diagonal a sus ojos y que estaba ahí, justo encima suyo. Hubiera seguido analizando esa línea en el techo si no fuera porque, al parecer, debía ir a orinar.

Se puso en pie, rompiendo la botella de ginebra que se había dejado sobre el pecho. El cuarto dio una rápida voltereta y luego volvió a su lugar, más o menos, porque tendía a derivar un poco a la derecha y otro poco a la izquierda, alternativamente. Leo se dijo que luego analizaría ese fenómeno de inestabilidad y se dirigió, a los tropezones hasta el baño.

No hay nada peor que tener ganas de orinar e ir al baño y encontrarlo ocupado por otra persona que se está cortando la garganta.

Ver a Achaval, con la cara llena de jabón, intentando degollarse con una navaja de afeitar, hizo que todos y cada uno de los nervios de Kovidoch experimentaran un galvánico sobresalto. Su mente se aclaró, el piso volvió a estar firme, se olvidó de su orín y de un salto le arrebató la navaja de la mano al otro.

Achaval, por su parte, no opuso resistencia. Miraba sin ver al espejo que tenía frente a él. Un hilo de sangre bajaba por su cuello.

Kovidoch lo zamarreó violentamente y recién entonces, el hombre volvió lentamente en sí.

La herida no era profunda y a Kovidoch no le costó mucho esfuerzo tratarla. Si la hoja hubiera penetrado unos milímetros más, otro sería el cantar. Ahora estaría frente a un cadáver con la yugular seccionada.

Ninguno necesitó decirle al otro que el ataque había comenzado.

Para el mediodía, el médico había tratado de electrocutarse, metiendo los dedos en el portalámparas del velador. Achaval se interpuso a tiempo.

A la hora de la merienda que ninguno tomó, Achaval comenzó a darse metódicos cabezazos contra una pared. Kovidoch lo detuvo.

Para la cena, que a ninguno de los dos se le ocurrió comer, Leo Kovidoch pretendió beberse un vaso de agua lleno con los pequeños vidrios de la botella de ginebra rota. Roberto Achaval le quitó el vaso de la mano y lo tiro por la ventana.

Seis horas después, en plena madrugada, no se había producido ninguna otra novedad. Fue entonces cuando Achaval, con el cuello y la frente vendados, dejó de mirar la ventana y le dijo a su agotado compañero:

- Esto va muy bien. -

CAPITULO XXX

Sierra del Pajarillo, Córdoba.

La boca de la gruta tendría un metro y medio de diámetro.

Esa noche, Wolfenson quería entrar allí y guarecerse para siempre.

No se lo permitirían.

El bacilo judío seguía infectándolo todo y lo estaba alcanzando. Luego de contaminar su casa, lo estaba alcanzando. "Matas a Wainstein y te acorralan y asaltan tu casa y te obligan a escapar como una rata. Matas a otro, y a otro y a otro y siempre siguen propagándose."

Los hombros no parecían tan anchos y la mandíbula cuadrada temblaba cada vez más. Un hilo de baba le corría por la comisura de los labios.

Supo que había fracasado otra vez en acabar con Achaval y Kovidoch y las lagrimas le anegaron los ojos y se desparrramaron por las arrugadas mejillas.

Era un final patético.

Quería entrar y guarecerse para siempre en el profundo interior de esa gruta.

Arrodillado, humildemente, llorando, les pidió refugio.

Era un ruido familiar.

Era como un zumbido, como el de un millar de abejas, que iba aumentando poco a poco, como si la cosa que producía ese sonido se fuera acercando lentamente. Además del zumbido, se empezó a escuchar como si algo estuviera arrastrándose. Los dos sonidos venían desde la misma dirección, como si fueran provocados por la misma fuente.

El alma de Wolfenson se iluminó de esperanza.

De pronto, el zumbido cesó.

En cambio, el ruido de la cosa arrastrándose aumentó hasta convencer a Wolfenson de que la salvación estaba a centímetros de la salida de esa gruta.

Arrastrándose sobre codos y rodillas, emergió una mujer.

La mujer se puso rápidamente en pie y contempló al derrotado.

Wolfenson, a pesar de los años y de esa especie de antiparras que cubría los ojos de ella, la reconoció casi de inmediato.

Comprendió que había perdido toda esperanza.

Helga Braunsch no gastaba tiempo en formalismos. Si quería algo, lo tomaba. Aún anciana, seguía siendo hermosa. Extendió su mano y Wolfenson comprendió que debía entregarle cierto anillo. Lo sacó de una bolsita de cuero que siempre llevaba consigo y se lo dio. Al fin, entendió que lo habían dejado llegar hasta ahí solo para eso.

Helga introdujo el anillo en algún lugar de su túnica plateada en la que, sin embargo, no se advertían cierres, botones, ni bolsillos. Calzaba unos botines del mismo material y color que la túnica. Pese a que se había estado arrastrando, se la veía inmaculadamente limpia.

Helga no se molestó en dedicarle una palabra al condenado. Arrodillándose, empezó a arrastrarse hacia atrás, de vuelta a la gruta. Recién entonces, Wolfenson, que alguna vez había sido conocido como Luther y en otra época hasta había tenido un nombre verdadero, comenzó a ingresar en su angustia final.

Uno o dos minutos después, se desplomó.

Había sido.

CAPITULO XXXI

Kovidoch contempló a Achaval con simple curiosidad.

Estaba demasiado cansado como para hacer el esfuerzo de irritarse o quedarse estupefacto.

"Esto va muy bien", había dicho el otro.

- ¿No se da cuenta? - Siguió Achaval. - Primero, yo me quiero degollar con la navaja de afeitar, después usted se quiere electrocutar en frente mío, después me empiezo a golpear la cabeza contra la pared y al final usted se quiere tomar un vaso con pedazos de vidrio... ¿no se da cuenta?

Kovidoch se puso en pie para aliviar su cintura y aclarar sus ideas.

- Sí, claro que me doy cuenta. - Contestó. - Me doy cuenta que ese tipo nos quiere reventar y nos maneja como tarados.

Achaval meneó la cabeza.

- Y si ese tipo es tan poderoso, ¿por qué no hace que los dos tengamos ganas de matarnos al mismo tiempo?

- ¿Cómo?

Achaval se iba sintiendo cada vez más seguro de lo que decía.

- Claro. - Prosiguió. - cada vez que uno quería matarse, el otro estaba para salvarlo.

- La primera vez, - Objetó Kovidoch - yo lo salvé de pura casualidad.

- Si, - reconoció el otro. - Ese fue el mejor intento. Los otros fueron uno más estúpido que el anterior.

- ¿Y por qué hace eso?

- Porque no puede hacer otra cosa. Está cada vez más débil. De entrada, no pudo matarnos a los dos juntos, así que intentó hacerlo de a uno y cada intento fue más débil que el anterior. No creo que haya más intentos.

Kovidoch no estaba nada seguro de tal cosa.

- ¿Cómo es esto? - preguntó- ¿No era que ese tipo, el Señor, era prácticamente invencible?

- Eso pensaba yo. Al principio creí que me habían hecho matar a Wainstein por pura estrategia. Wainstein era muy difícil de matar y yo pensé que me habían usado porque era un ex miembro del grupo.

- ¿Y eso que tiene que ver?

- Por un lado, la gente de Wainstein ya no me vigilaba. Era más fácil hacer un Ritual en esas condiciones. Por otro lado, me cargaban con la muerte del tipo y me hacían pagar por haberlos abandonado.

- ¿Pero...?

- Pero, la verdad es que el Señor se había quedado casi solo. Supongo que sabía que su fin estaba cerca y quiso llevarse a Wainstein con él. Me usó a mí porque no tenía a otro. Ninguno de los demás le servía para el trabajo. Cuando fui a su casa, me tuvo a su alcance y no me pudo matar. Cuando fuimos a Los Álamos el lugar estaba desierto. Ahí me di cuenta que el lobo estaba solo.

- ¿Lobo?

Achaval sonrió.

- El Señor se hace llamar Wolfenson. En alemán, Wolf significa lobo...como sea, el tipo está solo y débil.

- ¿Y la alianza con esos reinos subterráneos y todas esas cosas de las que hablaba Wainstein?

- Esa alianza se terminó. Quien sabe cuanto hace que se acabó.

- ¿Cómo puede estar seguro?

- Esto que está pasando, es la señal de que la alianza está rota.

- ¿Por qué se rompió?

Achaval meditó un instante.

- Tal vez porque no supimos entender nuestra parte del trato o...tal vez...porque no le gustan los perdedores...

Kovidoch dudaba:

- Yo no puedo sentirme tan tranquilo.

Achaval miró su reloj.

- Apenas amanezca, vamos a dar un paseo. - Prometió.

CAPITULO XXXII

Sierra del Pajarillo, Córdoba.

Era un glorioso amanecer, sin rastro de nubes.

La boca de la gruta tendría un metro y medio de diámetro.

El viejo que estaba tirado a pocos centímetros de ahí no parecía un Iniciado, ni siquiera alguien importante. Solo era un viejo enrollado sobre sí como un feto.

Estaba muerto, para más datos.

Achaval y Kovidoch lo contemplaban. Sentían odio, y alivio y cansancio y más odio y más cansancio. El cansancio, finalmente, le iba ganando al odio. Y eso era bueno.

Permanecieron en silencio un buen rato.

- Todavía queda un asunto pendiente. -

Los dos hombres se volvieron hacia la voz.

Leo Kovidoch comprobó que aún tenía lugar para el asombro.

Roberto Achaval permaneció impasible.

Gotán los saludaba, con gesto de príncipe.

- ¡¿Qué...? - empezó a gritar el medico, pero Achaval lo hizo callar, aferrándolo de un brazo.

El croto sonrió, divertido. Le hizo otro gesto con la mano a Achaval, invitándolo a que se le acerque. Roberto fue hacia él sin dudarle. Luego, el ciruja se dirigió a su antiguo médico.

- Usted a cumplido muy bien con su parte en esta guerra, - le dijo. - ahora queda liberado.

No intervendremos más en su vida. Nosotros, - señaló a Achaval. - tenemos que irnos.

- ¿Adonde? - quiso saber el médico.

- Adonde este no pudo ir - y dirigió un despectivo dedo hacía el cadáver.

- ¿Van a entrar por esa gruta?

El tuerto negó con la cabeza.

- Hay otras entradas. - le contestó.

El ciruja y Achaval se iban, sin más, cuando Kovidoch, tuvo el destello de memoria que le hizo gritar:

- ¡Esperen!

Ambos detuvieron y se volvieron para mirarlo. Kovidoch se sintió un poco ridículo, pero no pudo contener la pregunta:

- Dígame, Gotán, ¿A quién le entregó el ojo?

El Tuerto le hizo un guiño y contestó:

- A ese en quien está pensando...adiós.

El fuego azul surgió de la misma tierra, envolviendo a Gotán y Achaval. Cuando se extinguió, los dos se habían ido.

Leo Kovidoch no volvería a saber nada más de ellos.

PALABRAS FINALES

Heinrich Niedner en su famosa "Mitología Nórdica"¹ nos dice que el dios Wotan (también conocido como Odín), tiene el aspecto de un alto anciano de larga barba, que posee un solo ojo. El otro ojo se lo dejó en prenda a Mimer a cambio de poder beber en la Fuente de la Sabiduría. Wotan es considerado el inventor o descubridor de las runas.

Este dios gusta de viajar y mezclarse entre los hombres, para probarlos o ayudarlos. En esos casos, suele disfrazarse y cambiar su nombre, para no ser reconocido.

Sauce Viejo es un pueblo ficticio. Sin embargo, los hechos relatados transcurrieron, según Kovidoch, en una población cercana a la zona del Cerro Uritorco, en la provincia de Córdoba, cuyo nombre real preservó por indicación del propio Kovidoch. El lector con algún conocimiento del tema deducirá, sin embargo, a que lugar me estoy refiriendo. Lo mismo es aplicable al Hotel Splendid.



¹ Publicado originalmente en 1915. En español: Editorial Edicomunicación, España, 1986



Jorge Oscar Rossi nació en 1965, en Lanús, una ciudad ubicada en la Provincia de Buenos Aires, República Argentina.

Desde que aprendió a leer se apasionó por la ciencia ficción y la literatura fantástica en general. También le gusta el género policial, en todas sus variantes.

En 1988 se recibió de abogado.

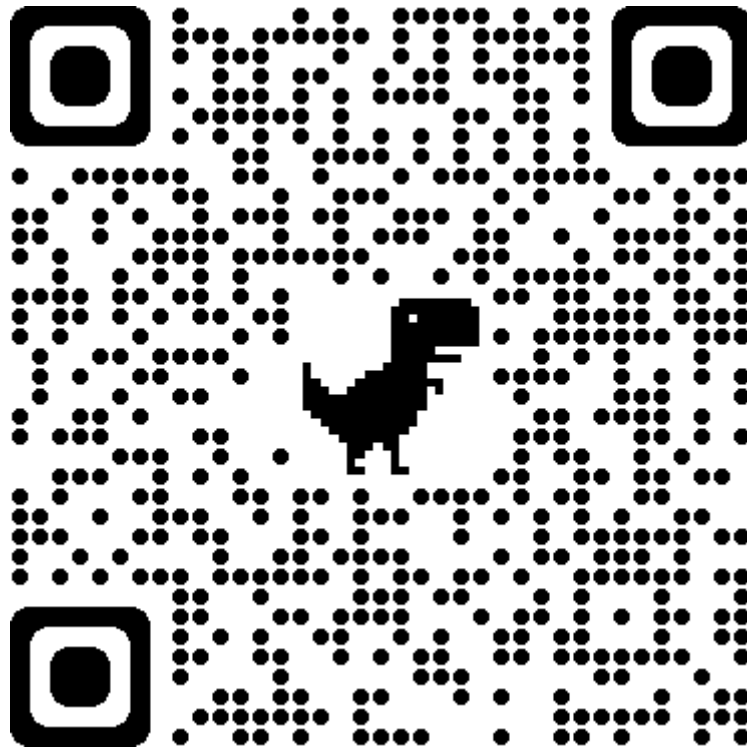
Actualmente es Doctor en Ciencias Jurídicas y se dedica a actividades académicas y de consultoría jurídica.

Es autor de cuentos, ensayos de crítica literaria y guiones para cine y televisión. Durante varios años coordinó talleres y cursos de creación literaria.

Es el creador de **Liter Área Fantástica**, (<http://literareafantastica.com.ar>), donde tiene publicado sus cuentos y artículos literarios.

Capítulo Final es su segunda novela corta.

~



~